

CRECER EN LAS CIUDADES



CRECER EN LAS CIUDADES



estado de la población mundial 2007

Suplemento Jóvenes

Equipo editorial

Estado de la Población Mundial 2007 Suplemento jóvenes

Historias de vida:

Martín Caparrós

Contexto:

Dr. Laura Laski/Saskia Schellekens

Edición final

Alex Marshall/Amy Singer

Asistencia de investigación

Anjali Kaur

Asistencia administrativa

Wioleta Pienkowska/Malak Khatib-Maleh/Sandra Barron

Agradecimientos

Vaya nuestra sincera gratitud a los numerosos colegas numerosos colegas de las oficinas del UNFPA en los países y la sede, y a los Equipos de Apoyo Técnico a los Países, así como a los copartícipes por los aportes brindados y la información compartida, con un reconocimiento particular a las oficinas de UNFPA y sus copartícipes en Bangladesh, Brasil, China, Egipto, El Salvador, India, Senegal y Argentina, que colaboraron en la facilitación de las entrevistas con las mujeres y hombres jóvenes retratados en esta publicación.

Merecen especial agradecimiento Martín Caparrós, por los emocionantes y evocativos informes que envió desde diversos lugares del mundo, Rogelio Fernández Castilla, por sus indispensables aportes y orientación, George Martine y Lydia León por la colaboración para asegurar la consonancia con el informe sobre Estado de la Población Mundial 2007, los miembros del Panel Asesor sobre la Juventud Mundial de UNFPA por sus aportes y su apoyo, M & M por sus valiosos comentarios editoriales y Bing, Reham, Geeta, Freddy, Maty, Shimu y Angelo por compartir con nosotros las historias de sus vidas.

Contenido

	Prefacio	iii
	Introducción	iv
Bing	HUIR DE LA POBREZA RURAL, GANARSE LA VIDA EN LA CIUDAD – TIANJIN, CHINA	1
Geeta	DE SIN TECHO A ACTIVISTA COMUNITARIA – MUMBAI, INDIA	7
Reham	UNA SALIDA DE LA VIOLENCIA URBANA -- EL CAIRO, EGIPTO	13
Freddy	EX MIEMBRO DE UNA BANDA NO CONSIGUE ADAPTARSE — SAN SALVADOR, EL SALVADOR	19
Maty	LUCHAR CONTRA LA VIOLENCIA SEXUAL: AYUDANDO A LAS NIÑAS A PROTEGER SU SALUD – RUFISQUE, REGIÓN METROPOLITANA DE DAKAR, SENEGAL	25
Shimu	ESCAPAR DEL MATRIMONIO INFANTIL, DESCUBRIR LA LIBERTAD EN LA CIUDAD — DHAKA, BANGLADESH	31
Angelo	ENCONTRAR EL RITMO. UNA CUESTIÓN DE SUPERVIVENCIA URBANA — RIO DE JANEIRO, BRASIL	37
	Conclusión	42
	Notas	47

Prefacio

Esta es la segunda edición del Suplemento Jóvenes del informe sobre el Estado de la Población Mundial de UNFPA. El informe principal se centra en el proceso de urbanización; el Suplemento Jóvenes se refiere a los desafíos y promesas que este proceso supone cuando afecta a la gente joven.

En 2008, por primera vez, más de la mitad de la población mundial vivirá en áreas urbanas. Hacia 2030, pueblos y ciudades albergarán casi 5.000 millones de personas. La población urbana de África y Asia se duplicará en menos de una generación.

Esto aumentará grandemente el número y la proporción de jóvenes en la población urbana. La mayoría provendrá de familias pobres, donde las tasas de fertilidad tienden a ser más altas. Esta ola de crecimiento de la población urbana apela a los autores de las políticas a consultar a los jóvenes y reflexionar sobre sus necesidades, para realizar sus potencialidades y

estimular las economías urbanas. Los desafíos incluirán mejorar la cantidad y la calidad de las escuelas, atraer nuevas inversiones que produzcan empleos y vitalidad económica, y proveer servicios de salud –incluyendo salud sexual y reproductiva– para que los jóvenes puedan vivir plenamente y tomar sus propias decisiones en cuanto a sus matrimonios y la formación de sus familias.

El informe perfila las vidas de siete jóvenes de siete ciudades – Tianjin, China; San Salvador, El Salvador; Mumbai, India; Dhaka, Bangladesh; El Cairo, Egipto; Rufisque, Senegal; y Rio de Janeiro, Brasil. Sus historias muestran las situaciones que enfrentan los hombres y mujeres jóvenes y las oportunidades, presiones y riesgos de la moderna vida urbana: como migrantes que han dejado el campo para instalarse y trabajar en las ciudades; como organizadores comunitarios que luchan por mejores viviendas y servicios en los márgenes

urbanos; como víctimas del abuso sexual y la violencia; algunas veces, incluso como agentes de violencia; como mujeres jóvenes liberadas de los roles tradicionales y la discriminación de género; y como personas comprometidas con la música y cultura para escapar de la pobreza urbana y la inseguridad –y celebrar la vida.

El informe sobre el Estado de la Población Mundial 2007 señala que la ola urbanizadora del siglo XXI presenta una oportunidad para mejorar el desarrollo y promover la sustentabilidad; si se pierde esa oportunidad, la ola urbanizadora puede profundizar la pobreza y acelerar la degradación ambiental. Este Suplemento Jóvenes es una voz que habla por los derechos de los jóvenes de las ciudades del mundo a vivir con oportunidades, libres de pobreza, violencia y abusos.

Introducción

El mundo está sufriendo la mayor ola de crecimiento urbano de su historia. Los 3.000 millones de habitantes de pueblos y ciudades de 2005 serán 1.800 millones más en 2030¹. La población urbana de Asia y África subsahariana se duplicará en menos de una generación.

El crecimiento más rápido se dará en las áreas urbanas más pobres. Por ejemplo, la población de los barrios precarios de Dhaka aumentó más de dos veces en una década, pasando de 1,5 millones en 1996 a 3,4 millones en 2006.²

El grueso del crecimiento urbano proviene del incremento natural —más nacimientos que muertes. Los pobres urbanos tienen tasas de natalidad mayores que los demás residentes urbanos: las mujeres tienen menos educación y menos autonomía; saben poco sobre servicios de salud sexual y reproductiva y tienen escaso acceso a ellos.³ La migración

rural-urbana también contribuye al crecimiento urbano.

Los jóvenes menores de 25 ya constituyen la mitad de la población urbana, y los jóvenes de familias pobres serán una parte importante de la ola urbanizadora. El futuro de las ciudades depende de lo que las ciudades hagan para ayudarlos, en particular a ejercitar su derecho a la educación, la salud, el empleo y la participación ciudadana. Invertir en los jóvenes es clave para terminar con generaciones de pobreza. Y es, especialmente, la clave para cumplir con los Objetivos de Desarrollo del Milenio y llevar la pobreza a la mitad en 2015.

Los jóvenes en las ciudades hoy

La mayoría de los jóvenes urbanos nacieron en las ciudades. Otros llegan a las ciudades en buses atestados o trenes ruidosos, trayendo pocas pertenencias, grandes expectativas y las

ansias de iniciar una vida mejor. Llegan con la esperanza de conseguir una buena educación, servicios de salud adecuados y muchos empleos para elegir: un plan para escapar de las pobres condiciones de vida en que están atrapados sus padres.

Los centros urbanos atraen inversiones económicas y ofrecen alta concentración de empleos y servicios públicos. El poder político de los países está localizado en las capitales de distritos o de estados y la mayoría de las escuelas secundarias, instituciones de educación superior y centros de salud son mejores y más accesibles en las áreas urbanas. La gran disparidad en tasas de escolaridad entre los jóvenes urbanos y rurales ilustra la “ventaja urbana”: los chicos y las chicas rurales tienen, respectivamente, una tasa de escolaridad 26 y 38 por ciento menor que sus contrapartes urbanas.⁴

CRECER EN LAS CIUDADES

Una ilusión perdida?

A principios del siglo XXI, crecer en las ciudades sigue siendo la mejor receta para una vida sin pobreza, pero la ilusión de los jóvenes de dejar atrás la pobreza de sus padres se está perdiendo rápidamente. Aunque la ciudad ofrece mejores empleos, la vivienda, la educación, los servicios de salud y las oportunidades están distribuidos de forma desigual. La mayoría de los habitantes de los países más pobres, incluidos los jóvenes, tiene poco acceso a las comodidades de la vida urbana.

Aunque la escolarización es mayor en las ciudades que en las áreas rurales, muchos jóvenes en áreas pobres, especialmente niñas, *nunca empiezan la escuela o la abandonan* antes de terminar el nivel secundario.

En los centros urbanos, los jóvenes se enfrentan con *tasas de desempleo mayores*

que las de los adultos; sus trabajos suelen estar en el “sector informal” desregulado donde son frecuentes víctimas de abuso y explotación.

La *vivienda* de los pobres urbanos tiene grandes posibilidades de encontrarse en *barrios precarios* —casas atestadas, zonas pobremente construidas con poca o ninguna infraestructura de calles asfaltadas, electricidad, gas, agua corriente o servicios sanitarios. En algunas ciudades, éste es la situación de más de la mitad de la población.⁵ En la mayor parte de las ciudades africanas, por ejemplo, sólo el 10 por ciento de la población está conectada a una red cloacal. Muchos hombres y mujeres jóvenes crecen sintiendo su exclusión de las promesas de la vida en las ciudades.

La pobreza extrema, los conflictos familiares, la violencia y la desatención,

el alcoholismo o el abuso de drogas en el hogar, la enfermedad o muerte de los padres, pueden llevar a los jóvenes a *vivir solos*. En algunos países una proporción importante de adolescentes urbanos no vive con sus padres, por ejemplo 30 por ciento de las jóvenes etíopes entre 10 y 14 años.⁶ En Benín, 14,3 por ciento de una muestra de niños de hasta 14 años en áreas urbanas vivía sin sus padres, aunque ambos estaban vivos, frente a un 8,9 por ciento de los niños rurales. Algunos niños viven en las calles.

Para los jóvenes criados en la pobreza, con educación, salud y vivienda de baja calidad y escasas perspectivas de un empleo fijo, todo puede terminar muy mal. Los jóvenes suelen ser los que toman riesgos, los que experimentan; constantemente se confrontan con la evidencia de su *desigualdad* y falta de

oportunidades: autos de lujo en las calles, casas bonitas en barrios seguros, estilos de vida opulentos retratados en los medios de comunicación de masas e Internet. La exclusión puede llevar a *crímenes y violencia*.

Muchas mujeres jóvenes dejan sus aldeas para evitar los casamientos demasiado tempranos o el abandono escolar precoz. Pero la vida en los barrios precarios puede ser particularmente peligrosa para las chicas jóvenes. Una extendida *discriminación de género* las pone en riesgo de explotación sexual y de violencia. La pobreza puede forzarlas a largas horas de trabajo en lugares inseguros de los que deben regresar solas en la oscuridad de calles peligrosas. Como no tienen los conocimientos o el poder para protegerse, y *los servicios de salud con que cuentan son escasos*, corren gran riesgo de sufrir embarazos no deseados y partos sin cuidados apropiados. Muchas madres solteras adolescentes no tienen apoyo de

sus familias o de los padres de sus hijos. Pueden tener que recurrir al trabajo sexual para sobrevivir.

Signos positivos

La creación de refugios para mujeres jóvenes y adolescentes puede ayudar a convertir la vida urbana en una experiencia positiva donde pueden encontrar *autonomía, acceso a recursos y control de sí mismas*.

Por su diseño, la ciudad acerca más a la gente. La cultura urbana joven agrega música, baile y deportes, definidos por temas globales y locales. Las tecnologías de la información y la comunicación, como Internet y los teléfonos celulares, generan conexiones entre gente joven, un fenómeno principalmente urbano. Estas tecnologías han cambiado el modo en que la gente joven se relaciona entre sí, han expandido pautas globalizadas de consumo y han creado nuevos niveles de comunicación, incluyendo nuevas relaciones intercontinentales, entre los jóvenes.

El futuro de los jóvenes en las ciudades

El futuro de las ciudades depende del futuro de los jóvenes. En particular, depende de lo que los autores de las políticas puedan hacer para equipar a los jóvenes para que rompan el ciclo de pobreza. Esto a su vez depende de la capacidad para comprometer a los jóvenes en la toma de las decisiones que los afectan. Este informe llama la atención sobre algunos desafíos y posibilidades, y sugiere acciones que los ayudarán a vivir a la altura de sus potencialidades.

La ola de crecimiento urbano y el consecuente incremento en la oferta de fuerza de trabajo tienen el potencial de estimular el crecimiento económico —si los gobiernos locales y municipales de los países en vías de desarrollo pueden mejorar la calidad de gobernanza y desarrollar la capacidad institucional de proveer infraestructuras y servicios. Los servicios incluyen acceso universal a la educación y el

CRECER EN LAS CIUDADES

cuidado de la salud, elementos esenciales en la formación del capital humano.

Los gobiernos deben llevar adelante cuatro acciones clave en los próximos 25 años para adecuarse al cambio, reducir la pobreza y crear un entorno estable para la participación activa de los jóvenes en la transformación urbana:

- **apoyar la mayor permanencia de los jóvenes en la escuela**, para que estén mejor educados y tengan acceso a las innovaciones tecnológicas, la información y las habilidades necesarias para encarar los cambiantes mercados laborales;
- **apoyar la capacidad de los jóvenes para ejercer sus derechos a la salud**, incluida la salud sexual y reproductiva, así pueden permanecer saludables y libres de enfermedades transmitidas sexualmente y de infecciones por VIH, prevenir el embarazo temprano, aplazar la formación de sus

familias hasta estar preparados y tener a sus hijos con seguridad.

- **atraer nuevas inversiones hacia las ciudades** para que se creen empleos y se ofrezca a los jóvenes cierta seguridad económica antes de formar sus familias.
- **alentar las organizaciones de jóvenes** para facilitar su liderazgo y participación en la toma de decisiones locales y su actuación como una fuerza positiva para una mejor gobernanza.

Como dice el informe sobre el Estado de la Población Mundial de UNFPA, las batallas por los Objetivos de Desarrollo del Milenio se están peleando en las ciudades de los países en desarrollo. Los jóvenes estarán en primera línea. El éxito depende de la medida en que las ciudades, los países y la comunidad internacional puedan darles apoyo y fortaleza.



福

中 场

Bing^o

HUIR DE LA POBREZA RURAL, GANARSE LA VIDA EN LA CIUDAD - TIANJIN, CHINA

A sus doce años, Bing quería ser soldado. Su padre solía hablarle con fervor de sus tiempos en el ejército, y Bing había visto militares en su pueblo y en la televisión: admiraba su apostura, sus uniformes, su altivez. Además, pensaba que si fuera soldado podría salir de su pueblo, ver el mundo. Y si tenía suerte, podría defender a su país como lo hicieron esos personajes históricos de los que hablaba la maestra: ninguno lo fascinaba más que el presidente Mao y la historia de cómo había liberado a su país.

—Cuando decía que quería ser soldado mis hermanas me alentaban: me decían que yo, como era hombre, podía irme donde quisiera.

Bing nació en 1980, poco antes de que China lanzara su política de un chico por familia. Bing tenía tres hermanas; la mayor, que le llevaba casi quince años, lo cuidaba como una madre cuando sus padres salían a trabajar los campos.

Bing había nacido en Fuping, pero tenía poco más de un año cuando sus padres decidieron dejar su pueblo natal para ir a probar suerte a Zha Lantun, en la Mongolia interior: eran muy pobres y creían que allí, en esas tierras remotas, podían tener más y mejores oportunidades. En Mongolia, los padres de Bing primero pastorearon ovejas;

después empezaron a criar pollos. El sustento familiar dependía del clima: si las cosechas y los animales crecían, les iba bien; si no, no les alcanzaba la comida.

Cuando cumplió seis años, Bing empezó la escuela. No le gustaba: era inteligente, pero hacía mucho lío y las maestras no sabían cómo controlarlo. Bing todavía recuerda aquella vez —nueve, diez años— en que le robó un dulce a un compañero de la escuela, porque él nunca tenía plata para dulces. Sus compañeros lo descubrieron, lo corrieron, quisieron pegarle. Pero en su casa casi nunca se quedaba con hambre.

—No, a mí me daban todo lo que podían. Yo era el único hombre y el hijo menor.

En las familias chinas tradicionales la madre y las hermanas pueden llegar a quedarse sin comer para que el benjamín se alimente a su gusto.

—¿Y tus hermanas no se resentían por eso?

—No, ellas respetaban la tradición, y además siempre me quisieron mucho.

Cuando Bing tenía quince años a sus padres les empezó a ir bien con la cría de pollos, y de pronto

hubo algo más de plata. Entonces se compraron el primer televisor a color:

—Abí fue que ví por primera vez cómo eran las grandes ciudades, en esa televisión.

—¿Y qué pensaste?

—¡Que en la gran ciudad había tantos colores! En mi pueblo casi no había colores: blanco en invierno, verde en primavera, amarillento en verano, rojo y dorado en el otoño. En cambio en la ciudad estaban todos los colores mezclados, abí, al mismo tiempo. Era increíble.

Bing decidió que, alguna vez, conocería ese mundo. Pero antes, a sus 16, su padre lo mandó a una escuela lejana: en la pequeña ciudad de Haila'er, a muchas horas de tren de su pueblo, muy al norte, había un instituto con muy buena fama y, gracias a los pollos, el padre de Bing pudo pagar la cuota. En la escuela de Haila'er el frío era espantoso: el primer día, con cuarenta y cinco grados bajo cero, el maestro los sacó a hacer ejercicios al patio y les dijo que si las orejas les dolían por el frío, se las frotaran con nieve; así, un poco de piel les podía quedar en la mano, pero si se las frotaban sin nieve, les dijo, lo que se les iba a quedar en la mano era una oreja. También les dijo que trabajaran duro.

—Si trabajas duro, puedes tener éxito, justificar tu vida. Si no trabajas duro, vas a ser una especie de nada toda tu vida.

Bing siempre lo recuerda. Bing terminó su secundario con muy buenas notas, pero cuando rindió los exámenes de admisión para la universidad falló —porque tenía muy mala letra, dice. Y tampoco pudo entrar en la academia militar, para cumplir su viejo sueño de soldado. Cuando lo supo, su padre lloró; Bing nunca lo había visto tan triste, tan decepcionado:

Los migrantes rurales asumen con frecuencia que las oportunidades de empleo son mejores en las grandes ciudades. Muchas veces tienen razón, aunque son más las personas que buscan trabajo que las oportunidades

—Me quería escapar, salir corriendo. Él había puesto tantas expectativas en mí, se había gastado tanto dinero en mí... Yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrarle que no le había fallado. Descubrí una escuela de negocios en Tianjin que me aceptó, y le pedí que me pagara los estudios del primer año, que después yo me arreglaría. Mi padre pasaba por un momento económico difícil, pero usó sus últimos ahorros para que yo estudiara. Así fue como, finalmente, me vine para la ciudad.

Bing tenía 19 años y la sensación de que entraba a un mundo nuevo. Tianjin es una ciudad costera de diez millones de habitantes a cien kilómetros de Beijing, que se ha transformado en el polo más

reciente de desarrollo económico chino —y, cuando Bing se bajó del tren, le pareció que tenía todavía más colores que los que había visto en la tele. Bing no podía creer la altura de los grandes edificios, la cantidad de autos.

Bing se instaló con otros siete en un dormitorio de su universidad y empezó a asistir a clases; las cosas funcionaban, aunque la ciudad le resultaba demasiado ruidosa, demasiado llena de desconocidos, y extrañaba, cada noche, las estrellas que solía ver en su pueblo. Poco después descubrió que podía ganar algún dinero dando clases de chino a estudiantes extranjeros, pero tardó unos meses en armar su primer negocio serio.

En su universidad había unos teléfonos públicos que requerían unas tarjetas especiales; Bing descubrió un lugar donde las vendían muy baratas, y empezó a vendérselas a sus compañeros con un veinte o treinta por ciento de beneficio.

—¿O sea que te aprovechabas de tus compañeros?

—Sí.

—¿Y no te preocupaba?

—No. Pero tampoco quería estar mal con ellos, entonces incluí a mis compañeros de cuarto en el negocio: les daba tarjetas para que ellos las revendieran, y nos repartíamos la ganancia, cosas así. Esa es la manera china de hacer negocios: conseguir que más gente participe y gane plata, así sabes que te van a apoyar. Si quieres ganar tienes compartir tu prosperidad

Bing ganó el dinero suficiente para pagarse sus estudios. Y, cuando terminó su diploma, se le ocurrió un negocio mejor: con un amigo consiguieron un par de máquinas viejas y pusieron un pequeño local de fotocopias frente a la universidad. El negocio funcionó. De pronto, Bing se encontró ganando más de doscientos yuanes —25 dólares— por día: tenía veintiún años, era rico y era un *self made man*, un verdadero hombre de negocios. Bing se compró un celular y se sentía el rey del barrio. Sus sueños empezaban a cumplirse, y había sido tan fácil. Pronto podría traer a sus padres y mostrarles lo que había hecho; mientras tanto, se gastaba la plata en ropa, libros, sellos postales.

Hasta que, al cabo de un año, el dueño del local les dijo que quería renovarlo para cobrar más alquiler: Bing y su socio no podían pagar tanto, no encontraron otro lugar y, en unos días, su vida de hombre de negocios se disolvió en el aire.

—Me había olvidado de trabajar duro, pensé que todo era fácil: que podía hacer lo que quisiera.

Bing se empleó en una empresa de computación con un buen sueldo que nunca le pagaron; no consiguió nada más, y al cabo de tres meses tuvo que pedirle a un amigo que lo dejara dormir en su pieza. Bing no siempre comía. Alguien le contó que en un gran club de karaoke, el Oriental Pearl, estaban tomando camareros; Bing se presentó y, al cabo de unos días de entrenamiento, estaba sirviendo tragos y comidas; ganaba, cada mes, un poco más de lo que unos meses antes ganaba cada día.

Tianjin, China



- Tianjin es la tercera ciudad en China Continental, con una población de 10 millones de habitantes.
- Después de que China comenzó la apertura en los últimos años de la década de 1970, Tianjin experimentó un rápido desarrollo.
- 37 por ciento de la población de China vive en áreas urbanas.
- 19 por ciento de la población china vive con menos de 1 dólar americano diario.
- Los jóvenes son un 16 por ciento de la población china.
- Tianjin es la cuna de la primera universidad china, la Tianjin Beiyang School establecida en 1895.

—Fue el peor momento, pero pensé que no tenía que desanimarme. Igual no tenía vuelta atrás: no podía volver al pueblo, mi padre nunca me habría aceptado como un perdedor.

El Oriental Pearl es un monstruo brillante de varios pisos y un centenar de habitaciones donde los clientes beben, cantan, se relajan, se divierten. Bing ya lleva cinco años en el club; inteligente, perseverante, fue ascendiendo en su trabajo y ahora es *lobby manager*, con muchos empleados bajo su mando. Gana unos quinientos dólares por mes, y ahorra dos tercios: ya tiene, dice, unos cien mil yuanes —trece mil dólares— invertidos en acciones, listos para cuando decida empezar su propio negocio otra vez. Bing quería ser, dice, como el dueño del Oriental, un nativo de Tianjin que empezó de la nada y es rico y exitoso y ya tiene siete clubes como éste.

—Tú estudiaste negocios, tuviste tu negocio y ahora eres empleado en un karaoke. ¿Cómo te sientes por eso?

—Acá en China siempre dicen que a los treinta años tienes que ser alguien. Bueno, a mí todavía me quedan cuatro años. Y por ahora estoy aborrandoy preparándome para seguir mi propio camino.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé, pero estuve investigando el mercado aquí en Tianjin, y me parece que hay espacio para una tienda que venda carteras de marca. Así que podría poner esa tienda y vender muchas carteras.

—¿Originales o copias?

—Copias, probablemente, así gano más plata.

Bing piensa que es lógico y justo que algunos tengan mucho y otros poco: los ricos son los que tenían potencial, los que trabajaron duro, los que se lo merecen, dice; los pobres son los que no trabajaron suficiente.

—¿Quieres decir que China es un país de perezosos?

—No, lo que pasa es que no hace tanto que empezó a abrirse. Y el éxito depende mucho del ambiente dónde te mueves. Por eso yo quería venir a la ciudad, que es el lugar donde se puede tener éxito.

Desde que China empezó sus reformas de mercado, unos 150 millones de jóvenes migraron del campo a las ciudades en busca de ese éxito —o, por lo menos, de la posibilidad de comer todos los días. La mayoría de esos jóvenes formaron la primera

ola migratoria de campesinos que proveen mano de obra barata para las fábricas de las ciudades; los inmigrantes más preparados, como Bing, son una especie de segunda ola con más posibilidades, más recursos. Pero todos confluyen en las grandes ciudades y han cambiado la vida y el aspecto de esas ciudades.

—La ciudad es el lugar donde pasan las cosas. La ciudad es el futuro, es el lugar donde todo es posible.

Bing tiene una novia que acaban de echar de su trabajo en una oficina porque se vestía demasiado sofisticado; Bing y su novia piensan casarse en 2008, el año olímpico, porque va a ser un momento feliz para todos y él quiere que su boda sea parte de esa celebración.

—Entonces, si todo te sale bien, ¿cómo sería tu vida dentro de diez años?

—Es realista pensar que dentro de diez años voy a tener mi propio negocio, gente trabajando para mí, una casa, una esposa, un buen coche.

—¿Qué coche?

—Un Audi, seguro.

Bing no está preocupado porque no tiene *hukou*. El *hukou* es el documento con que el gobierno chino acredita el derecho de cada persona a residir en un determinado distrito y, por lo tanto, a usar sus escuelas, sus hospitales, sus ser-

vicios. La inmensa mayoría de los 150 millones de migrantes no tiene *hukou*, y su status es una cuestión política y social de primer orden, en debate y cambio permanentes: ya no los expulsan a sus lugares de origen, pero siguen sin tener pleno acceso a los servicios de los lugares donde viven. Sin embargo, con dinero no es difícil conseguir el *hukou*, y Bing dice que el dinero no va a ser un problema para él.

LA CIUDAD COMO PRINCIPAL ESCENARIO PARA LAS OPORTUNIDADES DEL EMPLEO JUVENIL

Los jóvenes son casi la mitad (43,7 por ciento) del total de los desocupados a nivel mundial. Tienen tres veces más posibilidades de ser desempleados que los adultos¹. La falta de oportunidades y el subempleo empuja a millones de jóvenes campesinos como Bing a ganarse la vida en las ciudades.

Los migrantes rurales asumen con frecuencia que las oportunidades de empleo son mejores en las grandes ciudades. Muchas veces tienen razón, aunque las personas que buscan trabajo son más que las oportunidades existentes y el crecimiento rápido de la población urbana aumenta las tasas de desempleo. Además de la migración urbana, el crecimiento natural en las propias ciudades está introduciendo gran cantidad de jóvenes en el mercado laboral, contribuyendo al alto desempleo juvenil.

Muchos jóvenes en busca de trabajo recurren al “emprendimiento forzado” y el autoempleo, y en ciertos países, en la última década, el empleo en el sector urbano informal ha aumentado agudamente en porcentaje sobre el empleo total.^{2,3} De acuerdo con la OIT, aproximadamente 85 por ciento de las nuevas oportunidades de trabajo son creadas en la economía informal. Como lo muestra la historia de Bing, esto es riesgoso, pero contribuye a la flexibilidad y vigoriza el crecimiento económico.

La mayoría de los jóvenes que trabajan en el sector informal urbano viven en barrios precarios. Por ejemplo,

75 por ciento en Benin y 90 por ciento en Burkina Faso, la República Africana Central, Chad y Etiopía.⁴

Al mismo tiempo, la proporción de adolescentes que trabajan ha caído en muchos países en las décadas pasadas.⁵ Por ejemplo, las tasas de participación de los chicos de 15-19 años en la fuerza laboral en Argentina, cayó del 51.6 por ciento entre 1980 y 1984 al 36.9 por ciento desde 1995 hasta ahora. De manera similar, las tasas de participación de la fuerza de trabajo femenina para este grupo de edad decayó de 27,8 a 24,2 por ciento.

En Tailandia, las tasas de participación femenina y masculina en la fuerza de trabajo para los 15-19 años de edad, declinó desde 70,6 y 71,4 por ciento respectivamente a 40,4 y 34,1 por ciento para los mismos períodos.⁶

Aún así, mucha gente joven en los países en desarrollo trabaja todavía demasiado temprano y demasiado tiempo. No tienen la oportunidad de terminar su educación y adquirir las habilidades que necesitan para un desarrollo saludable. Niños y adolescentes son explotados en el mercado laboral, a menudo trabajando por un salario bajo, en condiciones peligrosas y con escasas perspectivas. Explotación, frustración y agotamiento pueden causar desilusión y alienación entre los jóvenes trabajadores.⁷

Para otros jóvenes no hay transición desde la escuela al trabajo. Dejan la escuela antes de tiempo o no han ido nunca, y tampoco trabajan. Una estudio en zonas urbanas de Zambia encontró que la mayoría de los jóvenes carece de medios de ganarse la vida: 70 por ciento de varones y 83 por ciento de mujeres entre 15 y 19 años indicaron que no iban a la escuela ni trabajaban.⁸

Cuando los jóvenes que buscan empleo no logran encontrar una forma de sustento digna pueden entrar en un ciclo de pobreza con altas tasas de desempleo, que se extiende toda su vida. Hay creciente preocupación entre los decisores políticos en cuanto a que las frustraciones que acompañan el desempleo de largo plazo en grandes poblaciones de hombres jóvenes en las áreas urbanas puedan alimentar la inquietud política e ideológica y provocar violencia. Los elevados niveles de desempleo entre los jóvenes, particularmente en áreas urbanas, indican que las ciudades son incapaces de absorber fuerza de trabajo, lo que en el largo plazo tiene un impacto económico directo en el crecimiento económico y la reducción de la pobreza.⁹ La importancia de ayudar a los jóvenes a encontrar trabajo digno y productivo ha llegado a ser una motivación principal del diseño de políticas internacionales sobre la juventud y de los esfuerzos de desarrollo. La población joven puede hacer su mejor contribución si las ciudades proveen una red de seguridad social, incluyendo vivienda, atención de la salud y oportunidades de educación.

La Declaración del Milenio de las Naciones Unidas, adoptada por la Asamblea General en 2000, refleja el compromiso de los jefes de estado y de gobierno para desarrollar e implementar estrategias que den oportunidades de trabajo decente y productivo a los jóvenes de todas partes. Este objetivo fue integrado subsecuentemente en los Objetivos del Milenio; el octavo Objetivo, que se relaciona con el fomento de una alianza mundial para el desarrollo, se refiere explícitamente a crear oportunidades de trabajo para los jóvenes. La Red de Empleo de Jóvenes (YEN), que incluye a la OIT, el Banco Mundial y las Naciones Unidas, fue establecida a continuación de la Cumbre del Milenio para iniciar la acción en el campo, con el resultado de que la cuestión del trabajo juvenil ha ganado impulso en el nivel nacio-

nal.¹⁰ Diecinueve países ya han avanzado para compartir experiencias, adelantar en la formulación de planes de acción sobre trabajo juvenil y comprometerse con el cambio en el más alto nivel político.¹¹

Varios de los Documentos de Estrategia de Lucha contra la Pobreza (DELP) formulados por países en desarrollo en los años recientes han delineado estrategias de empleo juvenil enfocadas en el entrenamiento empresarial, esquemas de microcrédito, el desarrollo de capacitación vocacional y servicios de orientación profesional, formación de líderes juveniles, programas intensivos de trabajo dirigidos a los jóvenes y la adquisición de destrezas informáticas.¹² Otros países podrían seguir este ejemplo y crear más oportunidades de empleo para los jóvenes.

El conjunto de habilidades y las oportunidades para una seguridad económica a largo plazo se establecen en la adolescencia temprana; hay una necesidad inmediata de aumentar la capacidad para ganarse la vida. Los adolescentes y jóvenes necesitan la oportunidad de realizar el máximo de su potencial productivo a través de la educación de calidad y el trabajo digno. Al mismo tiempo, la oferta educativa debería coordinarse con las necesidades del mercado laboral, ahora y en el futuro previsible.

Durante los próximos 10 años, 1.200 millones de mujeres y hombres jóvenes ingresarán en la población activa. Si los países logran encontrar la forma de utilizar su intenso trabajo, su entusiasmo y su creatividad, serán la generación mejor educada y más capacitada que hubo nunca, con enorme potencial para el desarrollo económico y social.



Geeta^o

DE SIN TECHO A ACTIVISTA COMUNITARIA - MUMBAI, INDIA

El pueblo no le gustó nada. Cuando sus padres la llevaron por primera vez al pueblo donde habían nacido, en Karnataka, sur de la India, Geeta tenía cinco años y se pasó todos esos días esperando impaciente el momento de volver a la ciudad, porque en la casa del pueblo siempre había demasiada gente: tíos, tías, la abuela, los primos; no era como su casa en la ciudad. Geeta todavía no había entendido que lo que ella llamaba su “casa en la ciudad” era una choza en medio de la calle: dos cartones y un plástico negro como techo, dos catres y unas pocas ollas. Todas las casas que conocía en la ciudad eran como la suya.

Hace cincuenta años, Mumbai tenía tres millones de habitantes; ahora son más de dieciséis —de los cuales seis millones viven en barrios precarios; entre ellos, más de cien mil viven en la calle, en chozas levantadas en el espacio público —veredas, vías férreas, basurales—: son los más pobres de los pobres. Geeta era una de ellas: en su choza también vivían su padre, su madre, sus dos hermanas menores y su hermano.

—Pero no se crea que mis padres no trabajaban. Los dos trabajaban. Mi madre limpiaba casas y mi padre llevaba chicos a la escuela.

—¿En un rickshaw?

—No, en una bicicleta. Podía llevar a dos, a tres al mismo tiempo en su bicicleta. Tenía mucha experiencia.

Muchos chicos de la calle no son aceptados en las escuelas públicas: no tienen domicilio oficial, así que oficialmente no existen. Los maestros se quejan de que no estudian, no prestan atención, están muy sucios. Pero la madre de Geeta había conseguido anotarla en una escuela privada, porque conocía a una maestra que le ofreció pagarle los estudios.

Geeta no recuerda su infancia con tristeza: iba a clase, jugaba en la calle, a la noche comía las sobras que le daban a su madre en las casas donde trabajaba. Geeta y su familia no tenían ni baño ni luz ni agua corriente; cada mañana, a las 5, Geeta o su madre tenían que ir hasta un taller vecino cuyos trabajadores les dejaban sacar agua de su canilla. Su madre también solía traerles ropa vieja que le regalaban sus patronas: Geeta llegó a la adolescencia sin haber estrenado ni una camiseta. Pero le gustaba estudiar, a veces se quedaba hasta muy tarde: la iluminaba una vela o el farol de la calle. Era una vida casi tranquila, aunque acechaba la amenaza de la demolición: de tanto en tanto, por alguna queja, las autoridades municipales llegaban y arrasaban su choza y las vecinas. Entonces Geeta y su familia esperaban que los agentes se fueran y volvían a armarla, otra vez, en el mismo lugar.

—Volvíamos, pero siempre estábamos amenazados. Eso no era tan bueno. Algunos vecinos de los edificios decían que los que vivíamos en la calle éramos sucios, que éramos ladrones. Y cualquiera venía y nos insultaba sin razón. Estábamos ahí, sin ninguna protección, en la calle.

A sus diez años, Geeta empezó a ayudar a su mamá en su trabajo, pero seguía yendo a la escuela. El problema fue cuando tenía catorce y su padre se enfermó de cáncer y su hermano tuvo cálculos renales: por sus paupérrimas condiciones sanitarias, los sin techo tienen tasas de enfermedad y mortalidad altísimas. Los remedios y los médicos eran muy caros y la familia se endeudó: Geeta tuvo que trabajar en tres casas para ayudar a pagar las deudas, y no pudo volver a la escuela.

—Yo siempre había pensado que iba a ser buena en mis estudios. Pero de pronto todo eso se acabó, y casi ni me di cuenta. Lo único que importaba era comprar remedios para mi padre y mi hermano, ayudar a mi mamá. De pronto dejé de pensar en el futuro...

En esa época, su madre se conectó con algunas mujeres del Mahila Milan. El Mahila Milan —Mujeres unidas, en hindi— había empezado sus actividades unos años antes, en 1986, cuando cuatro o cinco jóvenes trabajadoras sociales

decidieron que lo que hacían no alcanzaba para nada y propusieron otras formas de actuar a las mujeres de la calle. Se asociaron con una ONG que se llamaba SPARC –Society for the Promotion of Area Resource Centers–; y pensaban, entre otras cosas, que lo más importante era que esas mujeres tuvieran un espacio propio, un ámbito donde juntarse a discutir sus problemas y buscarles soluciones –las “area resource centers”.

Mahila Milan nació cuando quinientas mujeres de la calle se opusieron al desalojo y demolición de las chozas, y las jóvenes trabajadoras sociales las ayudaron y trataron de orientarlas. Poco después, con la ayuda de SPARC, las mujeres consiguieron cartillas de racionamiento: en la india, los pobres de los barrios precarios tienen derecho a ciertos alimentos subsidiados por el Estado pero, hasta que Mahila Milan empezó a reclamarlas, las mujeres de la calle no las recibían. Esa fue la primera victoria. Y en esos días se contactaron con la gente del NSDF –National Slum Dwellers Organization–, que les dio fuerzas y nuevas ideas. Un día, cuando Mahila Milan ya tenía varios cientos de miembros, las chicas del SPARC llegaron con otra propuesta.

La ciudadanía activa estimula la acción colectiva, cuyos resultados pueden ser servicios públicos más efectivos y con destinatarios mejor definidos

–Nos preguntaron si podíamos ahorrar una rupia por día cada una. Sí, podemos, les dijimos. Bueno, entonces nosotras podemos ayudarlas a organizar una especie de

banco hipotecario que quizás pueda construir casas para ustedes. Todas estuvimos de acuerdo

Y fue así que empezó nuestro sistema de ahorros y créditos.

Contará, mucho después, una de las pioneras. El sistema de ahorro se fue organizando de a poco. Las mujeres ahorraban –todos los días– lo que podían: una de ellas se ocupaba de recorrer las casas de otras veinte o treinta para recoger el dinero, y llevaba una contabilidad muy ajustada –aunque, en muchos casos, era analfabeta. Ese dinero servía para enfrentar emergencias –una enfermedad, una muerte, una fianza– o para otorgar a las participantes un pequeño crédito que les sirviera para comenzar algún negocio. Y, cuando podían, trataban de ahorrar sumas mayores –que guardaban en una cuenta de banco– para construirse, algún día, sus propias casas.

–El ahorro es una herramienta de organización y movilización. El propósito era organizar a los pobres para que pudieran negociar con las instituciones desde una posición de cierto poder. Los pobres no deberían ser suplicantes ante el gobierno, estar siempre en la posición deme, deme, deme. Deberían ahorrar, buscar tierras, pensar sus proyectos de casa –y hacerlo colectivamente.

Explica Sundar Berra, consejero de SPARC. Ahora las tres organizaciones llevan muchos años trabajando juntas: el NSDF, la más antigua, fundada en los setenta, organiza y moviliza a los pobres urbanos; Mahila Milan administra y maneja los recursos comunitarios, y SPARC provee el apoyo

técnico y logístico necesario. La Alianza trabaja con más de 200.000 familias de los barrios precarios.

Geeta conoció a las mujeres de Mahila Milan y de SPARC cuando tenía 16 años, a través de su madre. Le ofrecieron trabajar con ellas: tendría que recoger ahorros y colaborar en la contabilidad general. Geeta se entusiasmó: ayudaba a su comunidad, ganaba un pequeño sueldo –algo más de 20 dólares americanos por mes– y pudo dejar de limpiar casas ajenas

–¿Y qué hacías con tu tiempo libre?

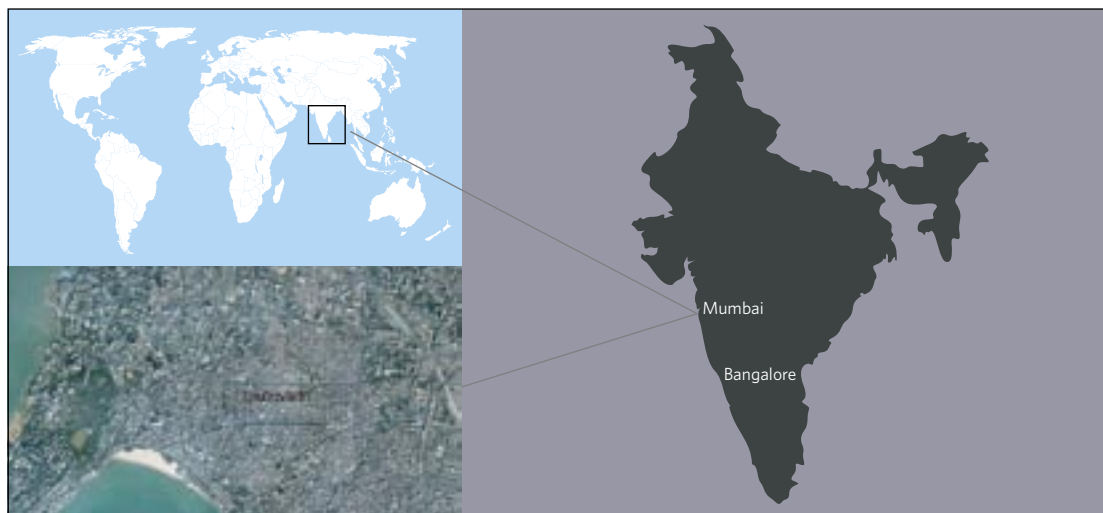
–Nunca tenía tiempo libre. Cuando terminaba con el trabajo tenía que ocuparme de la casa, de mis hermanas, de la enfermedad de mi padre. Siempre estaba ocupada.

Pero le habría gustado, dirá, seguir estudiando y, sobre todo, aprender danzas. Nunca pudo. Hace cinco años, cuando Geeta tenía 20, ella y su familia consiguieron mudarse a una habitación de tres metros por cuatro en un chawl, esas casas de inquilinato donde cada grupo familiar ocupa un cuarto sin baño ni cocina. Geeta seguía trabajando en Mahila.

–¿Cuál es la ventaja de que el Mahila Milan sea un grupo integrado sólo por mujeres?

–Primero, que aquí si ponías hombres y mujeres juntos en un grupo, los hombres decidían todo. Pero además hay otras cosas. Los maridos solían pegarles a sus mujeres si salían cuando estaba oscuro. Cuando se juntaron en Mahila, las mujeres empezaron a poder salir de sus casas.

Mumbai, india



- Anteriormente conocida como Bombay, con más de 16 millones de habitantes es una de las ciudades más populosas de la India.
- El 28 por ciento de la población de la India vive en áreas urbanas.
- El 55 por ciento de los habitantes urbanos vive en barrios precarios.
- 42 por ciento de los habitantes urbanos no tiene acceso a agua corriente segura.
- Mumbai es la ciudad más densamente poblada del mundo, con 29.650 personas por kilómetro cuadrado.
- Para 2020, Mumbai se proyecta como la segunda ciudad más poblada del mundo con más de 25 millones de habitantes.

Los hombres al principio se resistían, pero cuando vieron que sus mujeres solucionaban ciertos problemas o paraban una demolición, ya no dijeron más nada. Y empezaron a mirarlos distinto: al fin y al cabo, eran ellas las que conseguían las cosas.

—¿Y dejaron de pegarles?

—Bueno, no del todo, pero menos. Ahora, si algún hombre le pega a su mujer las mujeres del comité van a la casa y tratan de resolverlo, de convencer al hombre de que no lo haga más. Muchas veces lo logran.

Hace unos meses, Geeta consiguió mudarse a su propio lugar: una pieza de 20 metros cuadrados con su baño en uno de los veinte edificios que la Alianza está construyendo en un barrio de los alrededores de Mumbai, Mankhurd, donde ya se alojan casi 2.000 familias.

—Nosotras estuvimos acá durante toda la construcción, controlando que lo hicieran bien.

Dice una de las mujeres de Mahila:

—Aprendimos en la práctica: si no estábamos ahí nos engañaban, ponían menos cemento, ponían escombros en lugar de arena, pero nosotras los vigilábamos, no queríamos vivir en una casa para tres años, queríamos una casa de verdad.

La consiguieron, y están felices: tener una casa les cambió la vida. Ahora se sienten diferentes:

—En la calle nadie te respeta. Acá en cambio tienes tu casa, es tuya y tienen que respetarte. En la calle te puede pasar cualquier cosa. Acá aunque no tengas qué comer tienes tu casa, tu lugar en el mundo.

Dice una, y otra dice que la vida de sus hijos también es muy distinta:

—Ahora no tienen que tener vergüenza, pueden decir dónde viven. Y les va a resultar más fácil conseguir con quién casarse. Todas nos sentimos mejor, más confiadas.

Vivir en una casa mejora también su acceso a la salud y a la educación: es probable que los hijos de estas mujeres puedan formarse mejor y conseguir mejores empleos. Pero también les crea problemas nuevos:

—En la calle había tanto ruido que no se oía el ruido que hacían los chicos. En cambio desde que estamos acá nos parecen muy ruidosos.

Y hay otros más graves: ahora tienen nuevas obligaciones —mantener los edificios, pagar la luz,

disponer de la basura, garantizar la seguridad— y nuevas complicaciones: muchos de esos hombres y mujeres trabajaban en el centro, como vendedores callejeros, recicladores, peones, trabajadoras domésticas, y ahora, viviendo lejos, deben viajar mucho rato y, en algunos casos, han perdido sus fuentes de ingresos. Pero no se rinden. Geeta es una de ellas: sigue con su trabajo en Mahila, donde ahora lleva la contabilidad de muchos grupos y gana casi 100 dólares americanos por mes, pero sigue sin tener tiempo para ella: debe cuidar y mantener a su madre, a su hermana soltera —que está estudiando— y a su hermano menor. Su padre murió hace unos años; su otra hermana se casó, y fue un alivio:

—¿Les costó mucho juntar la dote?

—No, porque fue un casamiento de amor, no arreglado. Sólo tuvimos que poner una cadena y unos aretes de oro.

Cuando tiene algún tiempo libre, Geeta va con sus amigas al cine o a un picnic en algún templo.

—¿Y no querías tener un novio?

—No, nunca me interesó, nunca tuve tiempo. Yo he tenido pretendientes, pero no me interesa. Además mis amigas dicen que tener un novio es un dolor de cabeza.

—¿Por qué?

—Tienes que tener tiempo para verlos, tienes que escucharlos, tienes que ir adonde ellos te digan. Si alguna vez quiero casarme, mejor que mi familia encuentre a un muchacho conveniente y arreglen la boda. Y si no, me quedo soltera.

Dice Geeta, la mirada dulce, los dientes muy blancos y los pies arruinados; ni un aro, ni un anillo, el sari rojo y negro que brilla muy lavado:

—Yo puedo ganarme la vida, y el matrimonio no es el único propósito de la vida. Y además yo no quiero tener sueños de felicidad: si esos sueños no se cumplieran, yo no podría soportarlo.

COMPROMISO CÍVICO DE LA JUVENTUD Y PARTICIPACIÓN COMUNITARIA

Las convenciones y acuerdos internacionales han consagrado un conjunto de derechos humanos, responsabilidades del estado y principios de gobernanza democrática. Algunos —como la Convención de los Derechos del Niño; el Programa de Acción de la Conferencia internacional de Población y Desarrollo; el Programa Mundial de Acción para la Juventud y la Declaración de Vancouver sobre los Asentamientos Humanos— han buscado establecer los derechos de los jóvenes y crear las condiciones en que puedan ser ejercidos. Estos derechos incluyen el derecho a una vivienda adecuada, el derecho a un medio ambiente sano, el derecho a la educación y la atención de la salud y el derecho a servicios básicos, como obras sanitarias y agua potable. La libertad de expresión y asociación y la participación en las decisiones que afectan su vida también son parte de los derechos humanos de los jóvenes.

A pesar de las convenciones y acuerdos internacionales, en muchos países, los derechos de los jóvenes no han pasado del papel a la práctica. Gran cantidad de jóvenes sigue viviendo en malas condiciones, sin acceso a servicios sociales básicos, subsistiendo. La pobreza excluye a muchos jóvenes de la participación cívica. No tienen acceso a los foros de toma de decisiones ni son reconocidos como asociados en los procesos en los que se llega a tomarlas.

Las oportunidades de participación son importantes, tanto para el desarrollo y socialización de los individuos, como para la estabilidad política y económica de

la sociedad en su conjunto. La participación asegura la sustentabilidad y la fuerza de la democracia.¹ La experiencia ciudadana y la participación comunitaria de los jóvenes afecta el alcance y la calidad de su participación cívica durante toda su vida.²

Algunas investigaciones sugieren que hoy es más probable que participe en organizaciones comunitarias la gente joven que los adultos mayores.³ En algunos países de bajos ingresos, como China, India y Nigeria, hay evidencia de mayor interés cívico y político de los jóvenes⁴, aunque las oportunidades para el compromiso público son generalmente mayores para la juventud urbana que para sus contrapartes rurales, y para los educados y los que cuentan con más recursos. Con la expansión mundial de las tecnologías de la información y la comunicación, nuevas formas de ocupación llegan más allá de las fronteras locales y nacionales. Muchos jóvenes tienen acceso a Internet a través de las escuelas, cibercafés o computadoras personales y se conectan con sus pares de todo el mundo en foros comunitarios online, donde pueden encontrar información e inspiración e involucrarse en sus comunidades locales y globales.

La ciudadanía activa estimula la acción colectiva, que resulta en servicios públicos mejor enfocados hacia sus destinatarios y más efectivos. En el nivel local, la participación comunitaria ha sido particularmente efectiva en administrar bienes públicos como el suministro de agua, sanidad, caminos, escuelas y servicios de salud.⁵

La historia de Geeta muestra que la ciudadanía activa y la participación comunitaria pueden potenciar a grupos previamente excluidos y dar oportunidades de bienestar personal y mejores standards de vida. En un

número creciente de países, federaciones como Mahila Milan, formadas por los mismos pobres urbanos, están demostrando nuevos programas costo-efectivos, que transforman las vidas de miles de sus miembros.⁶ Muchas de sus iniciativas recuperan sus costos, y los beneficios se transfieren a nuevos programas.⁷ En muchos asentamientos urbanos los jóvenes están jugando un papel clave en la conducción de estas iniciativas. Los jóvenes tienden también a liderar las protestas cuando los burócratas o desarrolladores tratan de eliminar los barrios precarios sin dar alojamiento alternativo a los residentes.

Las disparidades de género en los niveles de participación pública existen todavía en muchos países. Los jóvenes tienen con frecuencia menos oportunidades de participar y ejercer sus derechos cívicos que los varones. Entre los habitantes de favelas en Río de Janeiro, los varones aventajan significativamente a las chicas en todas las dimensiones de ciudadanía: participación política, membresía en organizaciones cívicas o comunitarias (excepto iglesias), relación con las agencias gubernamentales, posesión de documentos legales oficiales.⁸ En muchas sociedades hay diferencias de género significativas y persistentes en la capacidad de poseer, heredar o adquirir propiedades, un atributo decisivo no sólo para la seguridad y prosperidad económica, sino también para las relaciones de poder doméstico, el status social y la sensación individual de ser un agente activo.⁹

Iniciativas municipales exitosas en toda Latinoamérica han demostrado que la consulta activa con los jóvenes ayuda a desarrollar soluciones para sus preocupaciones.¹⁰ Karachi en Pakistán, Ciudad del Cabo en Sudáfrica y otras ciudades han implicado a los jóvenes

habitantes de barrios precarios en el estudio, documentación y mapeo de sus comunidades urbanas, generando datos esenciales e información para la autoridades de la ciudad. Estas iniciativas han ayudado a construir asociaciones con agencias oficiales, que refuerzan y sostienen la participación de los jóvenes, y han influido en el planeamiento, financiación y administración de la infraestructura urbana.¹¹

Para mejorar las vidas de los jóvenes urbanos, los países necesitan mejor gobernanza, especialmente a nivel urbano y local; las políticas deberían promover la descentralización de los recursos y responsabilidades a los niveles administrativos más bajos posibles; mejorar y asegurar la permanencia y los derechos de propiedad para los pobres; y reforzar la participación de la juventud en el diseño de políticas.

La identidad legal debería ser accesible para los millones de jóvenes cuyos nacimientos no fueron registrados y que carecen de papeles formales.¹² Este paso básico, al mismo tiempo que aumenta su sentido de pertenencia a la sociedad, mejora su acceso a las instituciones sociales y a los servicios.

La responsabilidad de los gobiernos, el amplio acceso a la justicia, la incidencia y la participación de la sociedad civil, pueden ayudar a la gente joven a elegir en base a la percepción de la propia competencia personal y les permite contribuir al bienestar colectivo como ciudadanos y miembros de sus comunidades.



Reham•

UNA SALIDA DE LA VIOLENCIA URBANA -- EL CAIRO, EGIPTO

Se podría pensar que fue un incidente banal, una de esas cosas que pasan todo el tiempo en la ciudad. Pero Reham dice que esos minutos le cambiaron la vida. Reham salía de su trabajo: un programa llamado Sueños de las Chicas en Qalyobeya, un suburbio del Cairo, donde enseña a chicas que no fueron a la escuela a leer y escribir y a manejar ciertas habilidades que les permitan conseguir empleo.

—Este proyecto me permitió estar en contacto con un grupo de gente de la que sólo había escuchado, chicas cuyo único propósito en la vida es comer, beber y dormir. Y sentir que puedo ayudarlas es maravilloso.

Reham nació en Suez, Egipto, en 1982. Es la mayor de cuatro hijos. Su padre es el dueño de una pequeña empresa de transportes y su madre una empleada pública. La familia se mudó al Cairo cuando ella tenía diez años. Reham no recuerda grandes eventos en su vida: siempre le gustó escribir su diario, leer, dibujar, y, ya en la adolescencia, salir con sus amigas al cine, al mall, escuchar música, bailarla. Y siempre tuvo la sensación de que ella, como mujer, tenía los mismos derechos que los hombres.

—Pero en Egipto sigue sin haber muchas mujeres en el parlamento, en el gobierno, en la justicia.

—Sí, las mujeres egipcias no tienen acceso a ciertos puestos de poder. Pero en la vida cotidiana somos iguales a los hombres.

Su formación fue la de tantas chicas de clase media urbana: una escuela laica, la televisión, el aprendizaje de las bases del islam —pero ni su padre ni su madre son particularmente religiosos.

Reham habría querido estudiar psicología o literatura pero sus notas no le alcanzaron: entre las opciones a su alcance, eligió trabajo social. Al principio no le interesaba demasiado; poco a poco, la posibilidad de ayudar a otras mujeres la fue apasionando. Y, poco después de terminarla, encontró ese empleo en Qalyobeya. Ya había pasado allí más de tres años allí cuando sucedió aquel incidente decisivo.

—Ese día hacía calor, mucho calor.

Aquella tarde Reham salía de su trabajo con una compañera, eran poco más de las tres, caminaban por una calle estrecha. Reham llevaba jeans, una blusa, su scarf habitual. De pronto, una mano la agarró desde atrás; Reham gritó, se defendió, pero ahora las manos eran dos y seguían avanzando por su cuerpo. Reham gritaba más, el muchacho de las manos trataba de agarrarla para llevarla a

alguna parte; todo duró unos segundos, hasta que los gritos atrajeron a un par de caminantes, y el muchacho corrió. Reham cayó al suelo, lloraba; el muchacho, desde la esquina, la miraba como si esperara el momento de volver a empezar. Durante días, Reham no pudo salir por temor a ser atacada de nuevo.

—No podía caminar por la calle. Estaba aterrada.

Es muy difícil conseguir cifras sobre este tipo de acoso sexual: en las ciudades grandes, en general, no se lo denuncia, no se lo computa, los acosadores muchas veces no son castigados. Pero en una encuesta reciente entre mujeres del Cairo publicada por la revista *Nesa'a —Mujeres—*, un tercio de las consultadas dice que lo sufre todos los días. El acoso no discrimina: mujeres de todos los países, grupos de edad y sectores sociales lo han sufrido. El acoso puede consistir en toqueteos, seguimientos, palabras ofensivas o exhibiciones, y sus grados de violencia y agresión varían. Pero lo cierto es que la mayoría de las mujeres cairotas y de muchas otras ciudades, siente que salir a la calle es una aventura, que la ciudad es un espacio hostil donde nada ni nadie las defiende.

El fenómeno llega, por momentos, a picos inesperados. En octubre de 2006, al final del

Ramadán, centenares de hombres persiguieron y acosaron a muchachas que caminaban por una de las calles más céntricas del Cairo. Algunas de ellas iban vestidas con pantalones y camisetas; otras, con el vestido largo que llaman abaya. La policía no intervino. La prensa no registró los incidentes, y la historia sólo se conoció a partir de reportes de bloggers en Internet. Aún entonces, algunos periódicos contestaron que todo era mentira.

Reham ya había sufrido acosos antes de aquella tarde en Qalyobeya. Y más de una vez se había sentido culpable.

El medio urbano parece ofrecer más anonimato a los que perpetran actos violentos contra mujeres y niñas

—¿Culpable de qué?

—Culpable de ponerme ropa ajustada, de hacer que la gente hable de mi cuerpo. Me siento mal, no me siento feliz por eso.

—¿Es muy agresivo usar pantalones?

—Yo soy un poco grande, y solía vestirme con cualquier estilo de ropa que me gustara. Pero había gente que pensaba que yo me vestía así para provocar. Quizá son personas con problemas, que piensan mal, pero yo estaba empeorando la situación poniéndome ropa ajustada.

Esa no era la única razón que por la que Reham había empezado, casi un año antes, a pensar en

cambiar radicalmente su imagen y agregar la abaya al scarf que usaba desde hacía varios años.

—Al principio pensé en este traje como un nuevo estilo de ropa. Me parecía cool! Era una moda, pero después mis amigas me dijeron que había un compromiso religioso de por medio, así que no me lo puse de inmediato. Soy de esas personas que sólo hacen las cosas cuando están convencidas. Pensé que si después volvía a ponerme pantalones y blusas ajustadas estaría cometiendo un pecado, y pensé que lo mejor sería esperar a estar preparada.

El incidente de Qalyobeya fue decisivo, pero probablemente no lo habría sido si Reham no hubiese pasado, justo un mes antes, aquel susto. Una tarde de Ramadan, Reham viajaba con otras dos personas en un tuk-tuk —esas motos taxi que llevan pasajeros en un pequeño trailer—, cuando el conductor hizo una maniobra brusca y el vehículo volcó. Reham tuvo sólo una herida superficial en la cabeza pero, en el momento del vuelco, creyó que se iba a morir y tuvo miedo. Estaba, pensó, demasiado alejada de Dios.

—Descubrí lo más importante: que cuando Dios ama a alguien le envía muchas advertencias para que regrese a Él. Yo pude haber muerto, pensé, y ni siquiera hacía lo más simple para Dios: ¡rezar! Como humanos, como musulmanes, pensamos en Dios todo el tiempo, pero el diablo se mete en tu cabeza, y Dios te manda señales y advertencias para decirte regresa a Mí, lee el Corán, reza. La raza humana sólo piensa en Dios cuando está en una situación estresante. Por ejemplo, cuando vas a tomar un

examen, rezas. Es nuestra naturaleza: nos olvidamos de Dios, y entonces Él, para salvarnos, nos pone en una situación que nos duele un poco, para que regresemos a Él.

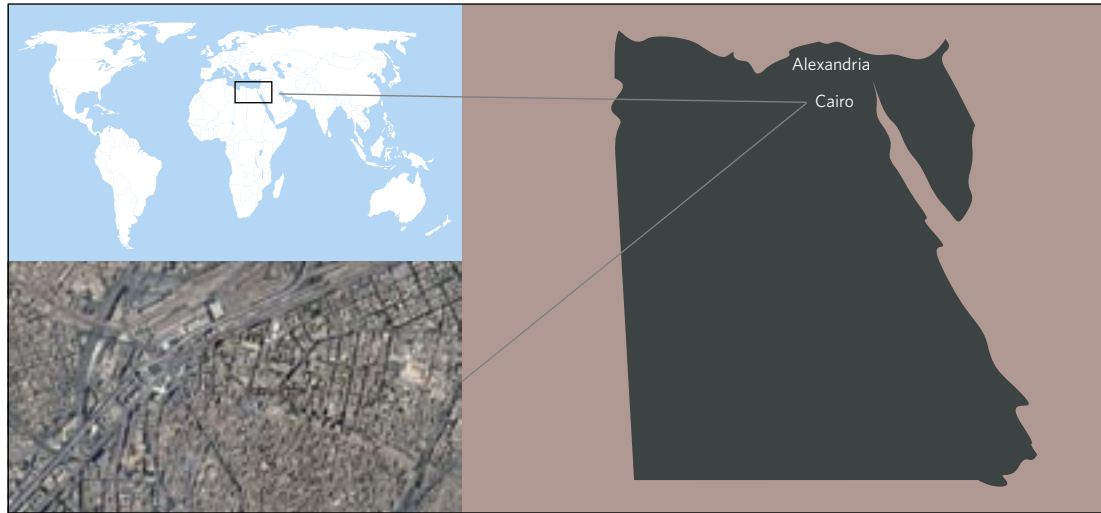
Reham decidió ocuparse más de sus deberes religiosos. Lo cual, por otra parte, la acercó a su novio: Reham se había comprometido unos meses antes con un ingeniero informático muy religioso que, aunque no le exigió que lo siguiera en sus prácticas, se alegró mucho cuando vio que su futura esposa empezaba a hacerlo. Así que, cuando aquel muchacho la atacó en la calle, Reham pensó que ya había recibido suficientes avisos:

—Aún después del primer accidente no me cambié la ropa, no aprendí la lección, así que Dios me mandó otro aviso y entonces decidí hacerlo.

Fue una decisión largamente pensada, y Reham está segura de que no tiene vuelta atrás: desde fin de 2006, Reham se viste con el pañuelo y la abaya que ocultan su cuerpo por completo, y dice que los seguirá usando toda su vida. No es la única: muchas jóvenes musulmanas se sienten más seguras con el vestido tradicional. Es una forma de poner una doble barrera entre sus agresores potenciales y sus cuerpos: ese vestido dice que no quieren entrar en ningún juego de seducción, por un lado, y que se ponen bajo la protección de una comunidad y una tradición.

—¿Y te sientes muy diferente ahora?

El Cairo, Egipto



- El Cairo tiene unos 12 millones de habitantes
- Los jóvenes de 15 a 24 años son el 21 por ciento de la población egipcia.
- La carencia de vivienda satisfactoria y accesible para una población que aumenta rápidamente ha forzado a millones de egipcios pobres a hacer de los cementerios de la Ciudad de los Muertos sus hogares permanentes.
- 95 por ciento de las mujeres urbanas de más de 15 años ha sufrido mutilación genital.
- Debido a la preocupación por la seguridad y comodidad femeninas, los dos primeros vagones de cada tren subterráneo de El Cairo están reservados para las mujeres.

—Yo soy la misma persona. Quizá soy menos nerviosa que antes, y pienso un poco más antes de hacer algo. Quizá ahora tomo más en cuenta lo que está permitido y prohibido— halal y haram en islam—, pero en realidad soy la misma. La ropa no te va a cambiar de la derecha a la izquierda, o viceversa. No me resta libertad, posibilidades de trabajo, de salir, mi vida es exactamente igual. No, no cambió nada. Tengo 24 años, soy una persona normal, tengo mi manera de pensar, y la mantengo ahora que me visto con este traje. La gente siempre pensó que yo era una persona divertida, y todavía lo soy.

Reham tuvo que enfrentar la oposición de su madre, que no quería que diera ese paso. Le decía que la hacía parecer más vieja, menos bonita; Reham siguió adelante y descubrió, dice, “que tengo una personalidad fuerte”. Y ahora se siente más cómoda, más tranquila: dice que desde que empezó a usar la

abaya la acosan mucho menos en la calle, y que su nueva religiosidad la ha acercado mucho a su novio. Pero sigue manteniendo su opinión sobre ciertas cuestiones: insiste en que el islam considera que la mujer es igual al hombre y dice que de ser de otra manera ella no podría tolerarlo. Reham y su novio se van a casar a mediados de 2007, y ella está feliz con el proyecto: quiere tener varios hijos, ocuparse de su casa y su marido, y seguir trabajando para que los sueños de las chicas se hagan realidad. Y no lamenta haber dejado ciertas cosas: ya no baila en fiestas o reuniones, por ejemplo, porque a su novio no le gustaría: “es una cuestión de tradiciones de los hombres orientales, yo estoy de acuerdo con eso”, dice.

—Y, de todas formas, este tipo de cosas no me cambian en nada. Yo sigo siendo la misma persona. O una mejor persona, incluso, me parece.

VIOLENCIA URBANA CONTRA MUJERES Y NIÑAS

Es una experiencia casi universal: en las ciudades de todo el mundo las mujeres y niñas se sienten inseguras cuando están solas en la calle. En algún momento de sus vidas, sólo por su género, muchas tienen o tendrán que enfrentar el acoso sexual, el abuso y la violencia en los escenarios urbanos. La experiencia de Reham le cambió la vida –pero sólo fue uno de millones de actos fortuitos de violencia urbana que afectan a las mujeres y niñas.

La violencia contra las mujeres y niñas atraviesa las diferencias de ingresos económicos, clase, cultura y residencia. Algunas formas parecen ser más prevalentes en áreas rurales, por ejemplo, el casamiento infantil y los crímenes de honor; otras, como el acoso sexual en lugares públicos, la prostitución forzada y el sexo forzado por razones económicas, en áreas urbanas.

La violencia física, sexual y psicológica puede ser un tema cotidiano en las interacciones de las mujeres en sus vecindarios, en el transporte público, en los lugares de trabajo, escuelas, clubes deportivos, universidades, hospitales e instituciones religiosas y sociales.¹ Los espacios inseguros abundan en ciudades y zonas aledañas –calles desiertas, callejones oscuros, paradas de ómnibus aisladas, baños públicos.² Los espacios urbanos ofrecen mayor anonimato a los perpetradores de violencia contra las mujeres y niñas. Hay un vínculo causal entre la violencia doméstica y la violencia urbana, atribuida a cambios en los controles sociales, en especial, al quiebre de los lazos sociales en el nivel del vecindario.³

La violencia es generalmente sub-denunciada y las estadísticas confiables son difíciles de encontrar. Las mujeres tienden a sentir vergüenza, estigma, falta de confianza en la protección por la ley y miedo de la venganza.

Muchas niñas adolescentes han sido forzadas en su primera experiencia sexual. Por ejemplo, de acuerdo con una encuesta en Ghana, era significativamente más probable que la primera experiencia sexual de adolescentes mujeres en áreas urbanas fuera forzada, que la de sus contrapartes en áreas rurales.⁴ Un estudio en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, mostró que el 72 por ciento de las mujeres jóvenes embarazadas y el 60 por ciento de las que nunca lo estuvieron, declararon haber sido forzadas a tener sexo.⁵ Y un estudio multinacional de la OMS encontró que en Bangladesh 22 por ciento de las respuestas femeninas en las ciudades, contra 11 por ciento de las mujeres del campo, habían sufrido violencia física o sexual después de los 15 años, ejercida por alguien diferente de su pareja. En Brasil, 24,5 por ciento de las respuestas femeninas en la ciudad y 15,9 por ciento en las provincias reportaron violencia.⁷ El mismo estudio encontró elevados niveles de violencia doméstica en la mayoría de las ciudades y áreas provinciales.

Los datos sugieren también que la violencia contra las chicas es muy común en las escuelas.⁸ Investigaciones en Nepal y Papúa-Nueva Guinea demostraron que las adolescentes temen ser acosadas sexualmente por sus pares varones y por los maestros.⁹ En un estudio de Kenya, cerca de dos tercios de las chicas que reportaron sexo no consentido mencionaron al maestro como culpable.¹⁰

La violencia contra las mujeres y las niñas compromete la salud, la dignidad, la seguridad y la autonomía de sus víctimas. Puede dejar profundas heridas físicas y psicológicas. Socava el desarrollo de las niñas haciéndoles difícil continuar la escuela, destruyendo su confianza en los adultos y en sus pares, y poniéndolas en riesgo de embarazos involuntarios e infecciones de transmisión sexual, incluido el VIH. Investigaciones en Ruanda, Sudáfrica y Tanzania mostraron que las mujeres jóvenes que experimentan violencia son tres veces más vulnerables a la infección por VIH.¹¹

Los adolescentes varones y los hombres adultos a menudo toleran y perdonan la coerción sexual. También las mujeres jóvenes pueden ver como “normal” la violencia sexual o el sexo obtenido por la fuerza, el miedo o la intimidación. Estas actitudes reflejan normas de género pervertidas en algunas sociedades o comunidades. Las víctimas de violencia sexual se sienten muy a menudo en falta, cosa que las puede llevar a reacciones tales como cambios drásticos en su estilo de vida, y a someterse a normas más tradicionales. Estudios realizados en Perú y Sudáfrica hallaron que tanto las chicas como los varones creían que la víctima de un ataque sexual tenía la culpa y que incluso podría haber provocado su propia violación.¹² Otro estudio encontró que en muchos países, una gran proporción de mujeres cree que pegarle a la esposa puede estar justificado por razones tales como negarse a tener relaciones sexuales o por no terminar a tiempo el trabajo doméstico.¹³

Los valores y actitudes que perpetúan las desigualdades de género son interiorizadas en la infancia. La adolescencia puede ofrecer la última oportunidad

de proporcionar alternativas. Sobre esta premisa, el proyecto De joven a joven que lleva adelante el Instituto Promundo en las ciudades brasileñas, compromete a hombres jóvenes como agentes de cambio en la prevención de la violencia basada en el género y en la promoción de la salud sexual y reproductiva. Los agentes de cambio o promotores entre pares son jóvenes de zonas de bajos ingresos de Rio de Janeiro que llegan a otros jóvenes con materiales educativos, condones, una revista de estilos de vida y una obra de teatro sobre la reducción de la violencia contra las mujeres. A través del proyecto, muchos de los jóvenes interpellados llegan a cuestionar la violencia de los hombres contra mujeres y niñas.¹⁴

De forma similar, en Mumbai, India, la organización masculina MAVA (Hombres Contra la Violencia y el Abuso) está dando grandes pasos en la lucha contra la violencia hacia las mujeres y niñas. MAVA se dirige principalmente a hombres jóvenes y adolescentes por medio de programas de concientización masiva en asuntos de género, servicios de consejería y talleres. Utiliza medios innovadores como representaciones callejeras, concursos de ensayos y posters, periódicos murales, radioteatros y grupos de discusión. Provee orientación prematrimonial y consejería a jóvenes varones y mujeres y se asocia estrechamente con grupos de mujeres en Mumbai, incluyendo la derivación de casos de violencia doméstica y actividades relacionadas con el abordaje de asuntos específicos de género.¹⁵

Los 16 Días de Activismo Contra la Violencia de Género es una campaña internacional iniciada por mujeres, que se hace anualmente desde el 25 de noviembre, Día Internacional Contra la Violencia Contra la Mujer, hasta el 10 de diciembre, Día Internacional de los Dere-

chos Humanos, enfatizando que la violencia de género es una violación de los derechos humanos. Individuos y grupos de todo el mundo han usado la Campaña de los 16 días para llamar a la eliminación de todas las formas de violencia contra las mujeres y niñas, y para aumentar la conciencia y llamar a la acción a niveles local, nacional, regional e internacional. La campaña demuestra la solidaridad de las mujeres y niñas de todo el mundo organizándose contra la violencia y presiona a los gobiernos para implementar sus promesas de eliminar la violencia contra mujeres y niñas.¹⁶

En la quincuagésima primera sesión de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, en marzo 2007, los estados miembros de las Naciones Unidas discutieron “la eliminación de todas las formas de violencia contra las niñas” y se volvieron a comprometer firmemente con los instrumentos internacionales de los derechos humanos, incluida la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Violencia Contra las Mujeres.

Ahora, el desafío es asegurar que estas leyes y acuerdos internacionales sean promulgados y cumplidos y que las políticas para terminar con la violencia contra las mujeres y niñas sean implementadas.

Se deberían reforzar las alianzas y hacer del fin de la violencia contra las mujeres una prioridad de salud pública. Las actitudes de la comunidad deben cambiar y las mismas, incluyendo sus jóvenes, deben comprometerse en este proceso. La prevención de la violencia contra las mujeres y niñas debería ser también un elemento explícito del planeamiento urbano y en el diseño de edificios y viviendas residenciales. Debería formar parte del trabajo de prevención mejorar la

seguridad del transporte público y las rutas recorridas por mujeres y niñas desde y hacia escuelas y fábricas. La capacitación de los agentes de salud, maestras, personal de justicia y trabajadoras sociales tendría que incluir una comprensión abarcativa de las causas y consecuencias de la violencia contra las mujeres. Los medios de prensa pueden cumplir un poderoso papel en el cambio de las mentalidades y normas sociales que toleran la violencia contra las mujeres y niñas.



Freddy•

EX MIEMBRO DE UNA BANDA NO CONSIGUE ADAPTARSE — SAN SALVADOR, EL SALVADOR

La primera vez que vio un deportado, uno de Los Ángeles, Freddy se quedó impresionado por sus tatuajes —y por el respeto que todos le mostraban. Ese hombre se veía distinto a los otros. En los noventa empezaban a llegar al país los primeros salvadoreños deportados de Estados Unidos por su actividad en las pandillas angelinas. Nadie imaginó, entonces, lo que estaba empezando.

Con 21.000 kilómetros cuadrados, El Salvador es el país más pequeño de América Central. En los años setentas y ochentas, miles y miles de salvadoreños emigraron ilegalmente a los Estados Unidos: huían de la guerra o del hambre de la guerra o del hambre habitual. La mayoría se instaló en Los Ángeles. Les costó mucho trabajo adaptarse a la ciudad: enorme y desconocida. Sus hijos no encontraban un espacio propio —y, muchas veces, sufrían la violencia de las pandillas de sus barrios: uno de los rasgos distintivos de la cultura urbana contemporánea. Con el tiempo, salvadoreños integraron —y eventualmente lideraron— dos pandillas que serían poderosas: la Mara Salvatrucha-13 y la Calle 18. *Mara*, dicen, viene de marabunta: una invasión de hormigas descontroladas, asesinas.

Las maras eran un modo de armar una sociedad propia, alternativa a esa sociedad

que los rechazaba o desdenaba. Frente a la incertidumbre de lo nuevo y hostil, las maras eran una reivindicación del origen y se convirtieron en una forma colectiva y organizada de mantener una identidad común. Las maras prosperaron: las autoridades locales se preocuparon, y empezaron las deportaciones. Los pandilleros —chicos inmigrantes— fueron obligados a volver al país de sus padres: un país que muchos de ellos no conocían, y trajeron una cultura muy particular. En San Salvador ya había pequeñas pandillas barriales, pero sus enfrentamientos empezaban con el break dance y terminaban, si acaso, a cuchilladas. Los deportados de la MS y la Calle 18 introdujeron las armas de fuego, los pantalones baggy, las cabezas rapadas, los tatuajes, mucha más crueldad —y ciertos criterios “empresariales” que fueron convirtiendo a las pandillas en grandes unidades de negocios.

En esos días Freddy tenía diez años y en su casa no había discusiones, peleas, golpes, como en las otras casas vecinas: su madre no tenía con quién. Su madre solía contarle que, cuando él era un bebé, su padre había tratado de parar a un amigo que le pegaba a su mujer y que el amigo lo cosió a cuchillazos y que su padre se desangró solo, tirado en la calle hasta que se murió —pero Freddy nunca supo si su madre le contaba la verdad.

Freddy no iba mucho a la escuela. Su madre lo mandaba pero a él no le parecía importante asistir a clases. Casi siempre se escapaba y se iba por ahí. Su madre trabajaba todo el día limpiando las casas de otros, y sus dos hermanas, que lo cuidaban, lo consentían y lo hacían sentir un perrito faldero. Sus vecinos lo trataban de cobarde, maricón. Cuando cumplió once años, Freddy decidió que había llegado el momento de demostrarles que él podía valerse por sí mismo. Dice que se unió a Las Maras para hacer parte de una institución poderosa y respetada.

—En mi barrio había unos chamacos que se habían unido a la Mara y todos los respetaban. Los chamacos usaban drogas, robaban, les tenían miedo. Y yo empecé a andar con ellos, así me respetaban a mí también.

Los muchachos eran parte de la Mara Salvatrucha, y lo hicieron esperar años hasta que por fin lo aceptaron: ese día, cuatro de sus compinches le pegaron duro durante trece segundos. Freddy tenía catorce años: si lloraba o se quejaba no lo aceptarían. Freddy aguantó, y empezaron a llamarlo Kruger. Desde ese día fue uno más de la pandilla, un *homeboy* o *homie*.

—Ellos eran mi familia, la gente que te quiere, que te cuida, que se va a jugar la vida por vos. Y me enseñaron

cosas buenas: a respetar, a ser unido, solidario. Y también cosas malas: a robar, a matar, a usar drogas, a venderlas.

La primera vez que tuvo que clavar un cuchillo en un cuerpo, Kruger dudó: habían emboscado a uno de la 18 porque tenían que vengar algo —siempre había alguna venganza que cobrarse— y un amigo le dijo que lo pinchara. Kruger se acordó de esas películas donde parecía tan fácil, pero no pudo hacerlo. Uno de sus *homies* le empujó el brazo hacia la carne ajena —y después volvieron a tratarlo de cobarde y maricón. Más nunca volvió a dudar. Del pegamento y la marihuana pasó al crack y la cocaína, perdió la compasión y la piedad, se tatuó el cuerpo con los emblemas de su “barrio” —su pandilla.

El rápido crecimiento urbano, en combinación con la crisis económica y las instituciones débiles, contribuye a la violencia de los jóvenes y el crimen

—Los tatuajes son para decir que voy a estar ahí para siempre, que no voy a traicionar. Y que yo no niego a mis amigos, no me niego a mí mismo: si un enemigo me para por la calle, yo no puedo decir que no soy MS, porque lo tengo escrito ahí.

La pandilla es una entidad territorial que basa su identidad en el enfrentamiento permanente contra la pandilla enemiga: debe mantener el control de su barrio —golpear o matar a cualquier intruso que

aparezca— por orgullo y para poder seguir usándolo para sus negocios de extorsión y venta de drogas. Para los *homies*, salir de su territorio a cualquier otro lugar de la ciudad, es un peligro, una verdadera operación militar: los enemigos podían aparecer y atacarlos en cualquier momento. Y sus códigos estaban hechos de violencia: para ganar “respeto”, cada cual debía demostrar su valor —o su “locura”: Kruger hablará todavía, con respeto, de un *homie* que quemó viva a su cuñada.

—¿Tenías miedo de que te mataran?

—No, yo pensaba más en mi pandilla que en mi vida. No tenía hijos, no tenía nada, lo único que me importaba era mostrarle a mis homies que era malo en serio, que me podían confiar. Yo nunca pensé que iba a vivir, sabía que me podían matar en cualquier momento y nunca pensé qué iba a hacer más adelante. Yo nunca pensé llegar a esta edad. Nada más pensaba qué voy a hacer dentro de diez minutos, ya se me está acabando la marihuana, tengo que ir a buscar.

Ahora Freddy parece mucho mayor que sus 26 años: también tiene la sensación de que ha vivido siglos pero ahora cree que quizás “llegue a viejo, a los cuarenta, a los cincuenta”. Aquellos años en la vida de Kruger están llenos de historias silenciadas —y puntuados por amigos muertos.

Kruger era completamente adicto al crack: pasó temporadas en la prisión y salió. Un día un *homeboy* muy querido lo buscó para que lo acompañara a una pelea; Kruger no fue porque estaba pasado de

droga y su amigo se murió desangrado: la policía, cuando lo detuvo, no quiso llevarlo al hospital. Esa noche Kruger decidió dejar el crack: pensó que era una forma de conseguir que la muerte de su amigo sirviera para algo.

A fines de los noventa Kruger se acercó a una organización de “pandilleros no activos” que se llama Homies Unidos e intenta sacar a los muchachos de la violencia: allí, Ringo, uno con fama de duro, le hizo pensar que estaba equivocando su camino. Ringo también murió después, baleado, pero en aquellas reuniones Kruger conoció a una enfermera, se juntó con ella, tuvieron un hijo, y tres años después una hija.

Por momentos se apartaba de la calle; por momentos volvía. A veces su hijo le pedía un dulce, una gaseosa y Freddy no se lo podía comprar y se desmoralizaba; no conseguía trabajo, no tenía dinero —y salía a robar: si había robado para drogas, decía, cómo no iba a robar para su hijo. La reinserción de los maras era difícil, y Freddy tenía —tiene— su pasado tatuado en la piel.

—Cuando estás manchado no te quieren dar trabajo, te tratan mal, no te dejan volver. Si hasta hicieron una ley que pueden detener a cualquier que tenga tatuajes de pandilla, aunque no esté haciendo nada.

En 2003 el gobierno salvadoreño dictó una “ley de Mano Dura” que permitía detener a cualquier tatuado y juzgar a menores de edad. La ley fue declarada inconstitucional. Mientras tanto, las maras se desarrollaron: se extendieron

San Salvador, El Salvador



- Con alrededor de 1,5 millones de habitantes, San Salvador es la segunda ciudad de América Central
- Alberga a un tercio de la población y la mitad de la riqueza del país.
- 35 por ciento de la población vive en barrios precarios.
- 21 por ciento de la población vive con menos de 1 dólar americano por día.
- San Salvador experimentó un rápido crecimiento poblacional que perjudicó su economía.
- San Salvador ha sufrido sismos frecuentes y severos y ha sido reconstruida muchas veces.

a los demás países de América Central y se calcula que ya son unos cientos de miles. Cobran “protección” a vecinos, comerciantes y transportistas, y se supone que son muy activos en el tráfico de drogas, armas y personas a través de las fronteras. La internacionalización les permite escapar a los países limítrofes —donde sus compañeros de las mismas maras los refugian— o, para ciertas operaciones, convocar pandilleros de esos países, que la policía local no conoce. En 2005 El Salvador se convirtió en el país con mayor proporción de homicidios de América Latina: 54,7 por cada 100.000 habitantes. El gobierno dice que dos tercios de estos asesinatos vienen de las maras. En El Salvador cualquiera tiene un arma; muchos bares y restaurantes tienen carteles en la puerta que

prohíben la entrada de personas armadas. La población pide más seguridad.

Hace cuatro años, alguien tiroteó a Kruger y a un amigo en la calle. El amigo murió; Kruger recibió un balazo en el tórax. Estuvo días entre la vida y la muerte; entonces pensó que si Dios lo había salvado debía quererlo para algo, y que tenía que vivir otra vida.

—Dios nunca permitió que me mataran. Todos mis amigos están muertos, pero yo no; para algo me ha guardado. No ha de ser algo malo, porque Dios no tiene mala onda, pero sí permite que te pasen cosas malas para que vayas aprendiendo.

Ahora Freddy sí tiene miedo de morir, de no estar ahí cuando sus hijos lo precisen: de no poder

impedir que sean como él. Le preocupa mucho que algún día sean como él. Sus marcas no le permiten conseguir un trabajo regular. Así que trabaja de chofer en un taxi ajeno y dice que su sueño es llegar a tener su propio coche. A veces la policía lo para, le ordena que se suba las mangas de la camisa y, cuando ve los tatuajes, lo amenaza y le saca la recaudación. Freddy vive en guardia:

—El peligro que tengo ahora es que los mismos homies me quieran matar, porque yo ya me abrí. O que me agarren por la calle los de la 18 y me maten por los tatuajes que tengo. O que la policía un día me quiera cargar cualquier historia. Yo sigo siendo pandillero. El día que me maten los diarios no van a decir que mataron a un taxista, sino a un pandillero. Entonces para qué me voy a engañar y pensar que ya no soy, si estoy manchado

para siempre. No, yo soy pandillero pero no activo en violencia.

—¿Y no pensaste en irte de la ciudad a un lugar más seguro?

—Sí, a veces pienso en irme al campo, tratar de comenzar una nueva vida. Pero la verdad es que no sabría cómo vivir allá, qué hacer. Me gusta demasiado la ciudad, yo soy un hombre de ciudad.

JOVEN, MASCULINO, URBANO Y VIOLENTO

El crimen está aumentando en la mayoría de las ciudades del mundo en desarrollo. Con el rápido incremento de la cantidad de gente joven, ha aumentado, en particular, la delincuencia juvenil y se ha hecho cada vez más violenta.² Las tasas de delito también han aumentado dramáticamente en los países en transición, donde, en muchos casos, los niveles de criminalidad juvenil crecieron más del 30 por ciento desde 1995.³

La delincuencia juvenil es en gran parte un fenómeno de grupo⁴ y la violencia de las bandas juveniles se ha extendido en muchas ciudades, particularmente en Latinoamérica y África del Sur.⁵ La mayoría de estas bandas está dominada por jóvenes varones, pero también las mujeres jóvenes han aumentado su participación en ellas.⁶

Los largos períodos de desempleo, la deserción escolar o la marginalización son causas recurrentes de delincuencia en la juventud urbana. La pobreza y la desigualdad también están ligadas con la violencia y el delito. La violencia urbana está conectada con frecuencia con el abuso de drogas y alcohol.⁸

Existen estudios que también han encontrado que el crecimiento rápido de las ciudades, en combinación con las crisis económicas y las instituciones débiles, contribuyen al delito y la violencia juvenil.⁹ La escalada de las demandas y la disminución de los recursos para los servicios urbanos, el cumplimiento de la ley y los

programas de prevención de violencia han abrumado a la administración urbana.¹⁰

Excluidos y marginalizados, jóvenes como Freddy se unen a bandas como las Maras para conseguir un sentimiento de identidad, inclusión, protección y solidaridad. La pertenencia a la banda provee status y prestigio frente a los pares y ofrece a los varones jóvenes una manera de hacerse económica y socialmente autosuficientes.¹¹ Jóvenes que se sienten marginalizados y estigmatizados, y que han sido excluidos social, política o económicamente, pueden recurrir a la violencia como forma de rebelarse contra la autoridad. Las bandas pueden coaccionar a los jóvenes que viven en las zonas donde despliegan su actividad a participar en ellas activa o pasivamente.¹²

El aumento del delito y la violencia ha contribuido a un sentimiento general de inseguridad, especialmente entre los pobres urbanos.¹³ Se sienten abandonados e impotentes frente al crimen y el aumento de actos menores de delincuencia y vandalismo. Un sentimiento general de miedo e incompreensión hace posible crear un clima que puede amenazar los fundamentos democráticos de una comunidad o sociedad.¹⁴ La percepción de inseguridad ha resultado en el abandono de ciertos barrios, la estigmatización de distritos o comunidades, y la retirada o el rechazo a invertir en algunas ciudades.¹⁵ Pero, más positivamente, también ha llevado al desarrollo de formas de autodefensa y protección barrial y a nuevas prácticas sociales.

El delito y la inseguridad afectan a todas las clases sociales, pero Particularmente los pobres carecen de medios para defenderse. La vulnerabilidad a la violencia urbana erosiona el capital social de los pobres y trastorna sus lazos socio-culturales, impidiendo la movilidad social, especialmente para los jóvenes.¹⁶

En la década pasada, UN-HABITAT ha estado trabajando para detener la violencia urbana en África a través de su Programa Ciudades Más Seguras, lanzado a pedido de los alcaldes africanos. El programa se centra en construir, a nivel de la ciudad, capacidades para enfrentar la inseguridad urbana y crear una cultura de prevención.¹⁷ Por ejemplo, en colaboración con la ciudad de Dar es Salaam, Tanzania, UN-HABITAT ha estado desarrollando una estrategia local de prevención del delito; promoviendo una cultura de adherencia a la ley; reduciendo el desempleo entre los jóvenes en riesgo; ayudando a los residentes urbanos a desarrollar sus estrategias propias para combatir el delito; y restableciendo tribunales de área para acelerar la aplicación de la ley y los reglamentos y el juzgamiento de delitos menores. Para movilizar a los aliados locales y animar a la sociedad civil a participar en la reducción de la violencia, se pusieron en marcha campañas de sensibilización y concientización.¹⁸

Para prevenir, reducir y eliminar la violencia y la delincuencia juvenil urbana, los gobiernos, incluidas las autoridades locales, deberían promover la prevención a

través del desarrollo social. Pueden ayudar a las comunidades a ocuparse de los factores subyacentes, como la marginalización, las desigualdades sociales, la discriminación, la falta de oportunidades y la desesperanza que afligen a los jóvenes. El sistema de justicia debería ofrecer a los jóvenes infractores la posibilidad de una justicia restaurativa, la rehabilitación y la reintegración social.

Las inversiones sociales en los jóvenes, particularmente en educación, empleo y salud, así como en habilidades de liderazgo y resolución de conflictos, pueden ayudar a los más vulnerables a desarrollar identidades positivas y un sentido de pertenencia a sus comunidades. Puede ser un gran avance en el abordaje de la problemática de la violencia juvenil.



Maty^o

LUCHAR CONTRA LA VIOLENCIA SEXUAL: AYUDANDO A LAS NIÑAS A PROTEGER SU SALUD

– RUFISQUE, REGIÓN METROPOLITANA DE DAKAR, SENEGAL

Cuando se despertó, Maty no sabía dónde estaba. Maty tenía seis años y estaba asustada y dolorida y su madre le repetía tranquila, tranquila, y un doctor hablaba con voz grave.

–Eso es lo único que recuerdo. Y me acuerdo que esa mañana en mi casa ese vecino me dijo ven conmigo, te doy un chocolate. Después, entre eso y el hospital, no me acuerdo de nada.

Cuando la llevaron de vuelta a casa, su vida había cambiado. El vecino violador ya no estaba; después sabría que sus padres no quisieron denunciarlo a la justicia y llegaron a un acuerdo “amistoso”: los padres del muchacho de veinte años lo mandarían a vivir a otro lado –y eso sería todo. Ahora, quince años más tarde, Maty sigue sin perdonar a sus padres por no haber acusado a su violador, por dejarlo partir sin el menor castigo.

–Ellos no tenían derecho a no denunciarlo, a dejar las cosas así. Quizás tenían vergüenza, pero la verdadera vergüenza fue lo que ellos hicieron.

Maty tenía seis años y su vida había cambiado. Sus hermanos, sus vecinos, los chicos del barrio se burlaban de ella: cuando la veían le repetían una palabra:

–Sí, me decían sekou, sekou, que significa loro, porque era el apodo del tipo que me hizo eso. Y entre los que se burlaban había una chica que le había pasado lo mismo, pero como no la llevaron al hospital, nadie lo supo, y ella todavía hace como si no hubiera pasado nada...

–No entiendo por qué te burlaban. Es muy cruel.

–La vida es muy cruel. Yo lo entendí enseguida.

Maty dejó de mezclarse con los otros chicos. Cuando salía a la calle contestaba a las burlas y se peleaba, así que no tenía amigas y se pasaba todo el tiempo en su casa, mirando la tele, leyendo, estudiando. En Senegal –como en muchos otros países– no hay estadísticas sobre las violaciones, pero los relatos de la prensa y las consultas en hospitales y centros muestran que el caso de Maty es uno entre muchos miles.

–La gente dice que una chica debe ser virgen, que debe ser pura. Que tiene que guardar su honor para su hombre, hasta el matrimonio. Me gusta esa palabra, honor.

Dice Maty, con una risa triste. Y que ahora eso ya no le molesta, pero que entonces sentía que había perdido su honor, que estaba sucia, que todos lo sabían –y no lo soportaba.

Maty vivía –y vive todavía– en Rufisque, una ciudad de 200.000 habitantes en los alrededores de Dakar, la capital de Senegal. Maty tiene tres hermanas y cinco hermanos, mayores y menores; ella está en el medio. Hasta que se retiró, su padre era chofer en una empresa grande; su madre se ocupa de la casa y de los hijos. La familia es modesta pero siempre tuvo lo suficiente. En la escuela Maty también se peleaba, pero era muy buena alumna, y su padre la consentía.

–Mi papá siempre me dio todo lo que quise, si yo entraba a un negocio y decía me gusta esto me lo compraba, un vestido, unos zapatos... Debe ser por la culpa de lo que pasó.

–¿Y tu madre?

–No, mi madre no, es lo contrario. Yo a veces le digo que no tengo mamá, que sólo tengo un papá.

En los años siguientes, Maty nunca habló con sus padres del odio que le causó su conducta: en realidad, en todos estos años, la familia no volvió a hablar de aquello. Sus padres hicieron como si lo hubieran olvidado y ella, durante mucho tiempo, intentó hacer lo mismo.

—¿Y alguna vez volviste a ver al Loro?

—Algunas veces lo ví en el barrio y le decía cosas, pero él miraba para otro lado. Y yo prefería no dar espectáculo. Pero ahora no me lo voy a encontrar más. Se murió hace un par de años, dicen que fue un accidente de auto. Y mi madre quiso que fuera a darle el pésame a su familia. No sabes cómo le grité.

La promoción del conocimiento sobre salud sexual y reproductiva, resolución de conflictos y habilidades de negociación puede ayudar a la gente joven a protegerse

Maty dice que estaba feliz: que no, que ella no le pidió a Dios que lo matara pero que está feliz de pensar que ahora mismo él se está quemando en el infierno. Aunque, dice, sabe que eso no está bien: que un buen musulmán no le desea el mal a nadie, pero que bueno, ella es como es: peleadora, dice. Cuando empezó su adolescencia, Maty pasaba mucho tiempo sola o riñendo con sus hermanos. Ellos, para enojarla, la llamaban “la francesa” porque era retraída, altanera, no compartía sus juegos y sus conversaciones y prefería mirar la tele o, sobre todo, leer, estudiar —mientras ellos se iban haciendo pescadores, albañiles.

—Me quedaba mucho tiempo sola porque nadie me soportaba. Soy colérica, me enoja muy fácil, soy muy irritable.

Maty se sentía distinta, incomprendida; sólo se llevaba bien con su amiga del alma, una vecina

tres años mayor que era “la única que la entendía” porque tenía una historia muy similar a la suya. Con su amiga, dice Maty, siempre compartieron todos los gustos, las ideas —y pueden entenderse sin hablar, aunque también pueden hablar horas y horas.

A sus dieciocho, Maty se puso de novia con un muchacho del barrio, grandote, simpático, jugador de basket —que la había pretendido durante meses. Era un tipo un poco brusco y mujeriego, pero Maty pensó que quizás podría cambiarlo. Las discusiones empezaron cuando él le exigió que se acostara con ella. Maty se negaba y él la amenazaba: si tú no quieres entonces me voy a acostar con Fulana, con Mengana. Maty se enojaba más todavía, y quería menos. Un día, en medio de una discusión, él la forzó.

—Fue lo peor que podía haber hecho. Abí le dije que no quería verlo nunca más.

Después él le pidió perdón, que no sabía lo que estaba haciendo, que ella era tan excitante, tan deseable que no había podido controlarse: de algún modo le decía que todo había sido culpa suya, y Maty lo creyó —como lo había creído, más confusamente, la primera vez. La pesadilla había regresado.

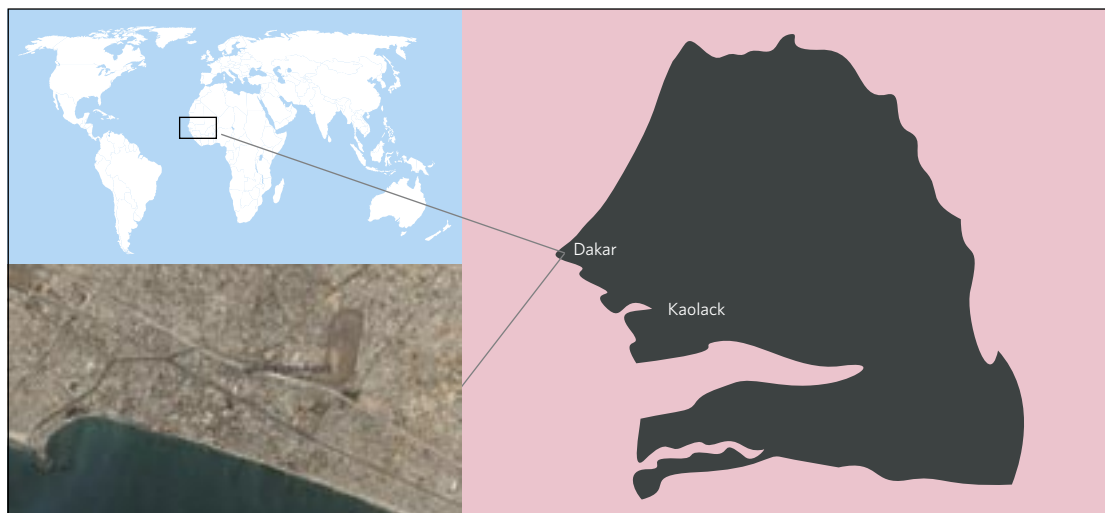
Poco después, Maty vio un documental en la televisión sobre la violencia sexual en África. Allí decían que muchas jóvenes violadas sufrían de irritabilidad, aislamiento, falta de concentración, dolores de cabeza: le pareció que estaban hablando de ella. Y la idea de que su caso no era único le

dio ánimos para consultar a la asistente social del Centro de Orientación para Adolescentes, que funciona en el Centro Departamental de Educación Física y Deportiva de su ciudad.

En Senegal hay ocho Centros de Orientación para Adolescentes, instalados por el Ministerio de la Juventud, que ofrecen servicios de salud reproductiva en las ciudades más importantes del país. Si Maty hubiese vivido en un pueblo o en el campo, no habría tenido acceso a ese servicio. Maty ya había ido al Centro de Orientación muchas veces, a preparar clases para el colegio; sin preguntarse por qué, dice ahora, siempre le interesaron esos temas: igualdad de género, violencia, embarazos precoces o indeseados, ETS, VIH-SIDA. Y solía leer y recortar las noticias del diario sobre violaciones. Pero, dice, no lo relacionaba con su vida. Había tratado de olvidar —y, hasta aquel día, creía que lo había conseguido.

Cuando Maty le contó la historia del basquetbolista, la asistente social la convenció de que ella no tenía nada que reprocharse: él es el único culpable, es un cobarde, un idiota, una mala persona. Fue como si le hubieran sacado una tonelada de los hombros. Pero cuando le dijo que fuera a ver a un psicólogo, Maty no quiso: eso es para locos o para depresivos, no para mí. En cambio, empezó a participar de las actividades del Centro. Desde entonces, Maty organiza —junto con su amiga— charlas, proyecciones de películas, encuentros para discutir temas de salud reproductiva con los jóvenes de su ciudad. Maty aprendió, entre otras cosas, que no tiene que decirle a los jóvenes que los va a aconsejar, sino a

Región Metropolitana, Senegal



- La población de la región metropolitana de Dakar, incluyendo Rufisque, se estima en 2.4 millones de habitantes.
- Los jóvenes de 15 a 24 años son el 24 por ciento de la población de Senegal.
- 12 por ciento de las adolescentes ha comenzado a tener hijos entre los 15 y los 19 años en las áreas urbanas, mientras que en las áreas rurales lo hace el 30 por ciento.
- En las áreas urbanas la tasa de prevalencia de la anticoncepción moderna entre las mujeres de 15 a 49 años es de 18 por ciento, en las áreas rurales, es de sólo 3 por ciento.

intercambiar ideas, “porque a nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer”.

—Todo eso me ha cambiado mucho, para bien. Aprendí a hablar en público, a escuchar, a no enojarme, a mirar a la gente cara a cara. Ahora me relaciono mucho más con el mundo.

A principios de 2006 los Centros de Orientación instalaron sus propios laboratorios para detectar el VIH-SIDA. Fue un éxito: los ocho centros hicieron un 20 por ciento de los exámenes de todo el país, donde funcionan otros 120 laboratorios. Los jóvenes van con confianza a los laboratorios del Centro porque son lugares que conocen, donde ya tienen actividades culturales, sociales, deportivas —y donde, por lo tanto, no hay estigma: si alguien ve a un joven entrando a un Centro de Educación Física, no tiene por qué suponer que va a hacerse un examen de VIH.

—Lo más importante que me pasó en el Centro es que su gente me ayudó a tener confianza en mí misma. Antes cuando caminaba por la calle tenía la sensación de que todos me miraban, me juzgaban, y no quería salir. Ahora es al revés: he cambiado mi porte, y son los demás que se sienten molestos por mi presencia, porque yo les muestro que soy superior.

—¿Por qué serías superior?

—No sé, pero parece que ellos se lo creen.

Dice, y se ríe. Maty está terminando una licencia en Geografía en la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar: tiene muy buenas notas, una beca y la intención de seguir sus estudios. Le faltan la maestría y el doctorado, pero piensa completarlos —y trabajar, probablemente, en temas de climatología. Todavía vive con sus padres y todos sus hermanos; el mayor,

que ya tiene más de treinta años, acaba de casarse con una chica de 16. Maty sigue leyendo mucho: los libros de la facultad y todo tipo de novelas, “siempre que aprenda algo”:

—Por eso no me gustan las novelas eróticas: no te enseñan nada.

—Bueno, te enseñan sobre esas cuestiones.

—Eso no es nada que te sirva. Yo quiero aprender cosas importantes de la vida. Eso no es la vida. Si la vida es una torta, eso puede ser quizá la cereza de la torta.

—¿Piensas casarte alguna vez?

—No sé. Yo ya tengo 22, estoy un poco vieja para casarme. Ahora las que se casan son las chicas de 16,

17, y en general están embarazadas. Yo soy vieja y no estoy embarazada, y además soy bastante insoportable, así que...

Hace poco un vecino cuarentón casado con dos hijos le propuso matrimonio: que fuera su segunda esposa.

—La ley musulmana lo permite, pero yo no quiero ser segunda mujer de nadie. No le dije que de él no quería ser ni la primera, pero bueno, quizás ya se dio cuenta. De todas formas, yo estoy en contra de la poligamia.

A veces, Maty piensa que sería mejor no casarse; otras veces que sí le gustaría.

—El problema es encontrar un hombre como yo quiero. Yo no confío en nadie, y necesito encontrar a alguien en quien confiar. Además yo he sido muy malcriada: no sé cocinar, lavar, cuidar la casa. Si me caso va a ser un problema. ¿Para qué me voy a casar? ¿Para que un hombre me diga ah, no sabes hacer esto, no sabes hacer lo otro? No, yo no necesito eso, no quiero que me den órdenes: yo no quiero ser la esclava de nadie. Quiero encontrar alguien que me quiera por lo que soy, que me acepte, que me tenga confianza. Los hombres siempre te dicen que eres tan linda, tan deseable. Eso mismo me dijo mi novio el basquetbolista aquella vez. Yo no quiero ser deseada. Lo que yo quiero es ser amada, que es muy diferente.

CRECER EN LAS CIUDADES, PROTEGER LA SALUD SEXUAL Y REPRODUCTIVA

Los Centros de orientación para adolescentes como el que visitó Maty son importantes para potenciar a las mujeres jóvenes para ejercer su derecho a una vida libre de violencia, protegerse de sexo no deseado ni consentido y tener acceso a la información y servicios para prevenir la infección por VIH y el embarazo no deseado. Comparadas con sus contrapartes rurales, la gente joven que vive en áreas urbanas tiene mejor acceso a servicios de salud sexual y reproductiva. Clínicas, hospitales, testeo voluntario de VIH y consejerías y otras facilidades para la atención de la salud se ubican con mayor frecuencia en los espacios urbanos. Los nacimientos en estas áreas tienen más posibilidades de ser atendidos por personal obstétrico capacitado. Por ejemplo, 78,1 por ciento de los partos en zonas urbanas de Bolivia, 60,6 por ciento en Pakistán, 52,8 en Angola y 46,9 en Yemen, son atendidos por personal idóneo. En algunos países, los partos atendidos por personal idóneo en las áreas rurales son entre dos y cuatro veces menos.¹ Los jóvenes educados de las ciudades también tienen más posibilidades de usar anticoncepción². Estudios en Ghana, Kenya, Nigeria, Mozambique y Tanzania sugieren que el uso de condones entre los varones urbanos de 15 a 24 años es considerablemente mayor que entre varones campesinos de la misma edad.³ Esto está relacionado también con el conocimiento y el acceso: sólo la mitad de los hombres jóvenes que viven en las zonas rurales de Nigeria, Bolivia, Mozambique y Vietnam sabían cómo obtener condones.⁴

Al mismo tiempo, el mayor acceso y la mayor proximidad física a los servicios de salud en las zonas urbanas no se traduce automáticamente en mejor salud sexual y reproductiva para los jóvenes: los servicios de salud pueden ser simplemente inaccesibles por su costo, puede no haber servicios en algunos barrios y las inequidades de género pueden hacer más difícil para las mujeres jóvenes protegerse de las infecciones, del sexo no consensuado y de los embarazos.

La edad en que se llega al matrimonio está aumentando y se incrementa la actividad sexual extramatrimonial en las zonas urbanas. Las mujeres jóvenes corren el riesgo de sexo forzoso, embarazos no deseados, abortos inseguros y enfermedades de transmisión sexual, incluido el VIH. La utilización de anticonceptivos, aunque más difundida entre la juventud urbana que en su contraparte rural, sigue siendo infrecuente. La persistencia de altos niveles de embarazos involuntarios y abortos inseguros indica una considerable demanda insatisfecha de planificación familiar entre las mujeres jóvenes urbanas.

Cada año, unos 14 millones de adolescentes de 15 a 19 años de edad dan a luz.⁵ Las tasas más elevadas de fertilidad adolescente se encuentran en África sub-Sahariana y Asia del Sur⁶. En base a datos de 56 países, las adolescentes entre 15-19 años pertenecientes a los grupos más pobres, tanto urbanos como rurales, tienen tres veces más probabilidades que sus pares más acomodadas de dar a luz en la adolescencia.⁷ Crían el doble de hijos y tienen entre dos y cinco veces más probabilidad de morir de complicaciones relacionadas con el embarazo que las mujeres entre los 20 a 30 años.⁸ Sus bebés también tienen menores probabilidades de sobrevivir. En todas las regiones del mundo las chicas campesinas tienen hijos antes que las urbanas⁹,

sin embargo, en las ciudades de Namibia, Nepal, Nicaragua y Nigeria, una de cada cinco chicas da a luz antes de su décimo octavo cumpleaños.¹⁰ Además, las chicas de 15 a 19 años realizan por lo menos un cuarto de los veinte millones de abortos inseguros que se estimata que se practican cada año. Un estudio entre mujeres de 20-29 años en Yaoundé, Camerún, halló que el 21 por ciento de las jóvenes urbanas informaron no haber tenido nunca un aborto y el 29 por ciento de los varones reportaron no haber tenido nunca una amiga que terminara un embarazo del que ellos fueran responsables¹¹. El estudio también destaca que los abortos practicados antes de los 20 años eran más probablemente autoinducidos o realizados por una persona no idónea en circunstancias no seguras que los realizados después de los 20 años.

Investigaciones de todo el mundo demuestran que la gente joven sabe todavía alarmantemente poco sobre VIH-SIDA. La juventud urbana tiende a saber más que la rural, y el conocimiento aumenta dramáticamente según mejora la educación y el status económico. Un estudio multinacional en África sub-Sahariana encontró que la proporción de mujeres y hombres jóvenes de 18 a 24 años con conocimiento de métodos modernos de planificación familiar era sustancialmente mayor en las áreas urbanas que en las rurales.¹³

Incluso si los jóvenes tienen la información que necesitan, pueden no encontrar los medios para protegerse. Alrededor de la mitad del total de infecciones por VIH en todo el mundo, unas 6.000 por día, les ocurren a jóvenes de 15 a 24 años. En todo el mundo la juventud urbana está más afectada por el VIH-SIDA que la juventud campesina. En Zambia, uno de los países más gravemente afectados por el virus, la tasa de prevalencia en jóvenes de 15 a 24 años que habitan en áreas

urbanas es de 10,5 por ciento, cerca del doble de la que se observa en la juventud rural de ese grupo de edad.¹⁴

Una extendida y persistente discriminación de género pone a las chicas de las zonas urbanas en mayor riesgo de infección por VIH: 15,2 por ciento de mujeres de 15 a 24 años que viven en zonas urbanas están infectadas por el virus, comparadas con el 3,7 por ciento de los varones urbanos de ese grupo de edad.¹⁵ Esta tendencia es común en toda África sub-Sahariana, donde, en promedio, están infectadas tres mujeres por cada varón.¹⁶

UNFPA, en colaboración con el Ministerio de Salud de Perú y la VII Red de Salud de San Juan de Lurigancho, está implementando el proyecto "Voces más fuertes por la salud reproductiva" en San Juan de Lurigancho, una comunidad indígena muy pobre de migrantes rurales a la ciudad de Lima. El proyecto se propone mejorar la calidad y la facilidad de acceso de los servicios de salud sexual y reproductiva para jóvenes, en especial para mujeres adolescentes. El proyecto también organiza campañas de información y asociaciones directas con agentes de salud. Las consultas con grupos de gente joven influyen en la forma en que son provistos los servicios y hacen que les resulten más atractivos. La iniciativa ha permitido a chicas y chicos adolescentes expresar sus necesidades en materia de salud reproductiva y ejercer su derecho a una vida sin violencia y con acceso a servicios de salud.

UNFPA utiliza un enfoque multisectorial que considera la salud reproductiva y sexual como un aspecto del desarrollo personal, ligado a una cantidad de otros servicios de salud y sociales. En algunas ciudades, los centros juveniles brindan espacios seguros para las chicas, organizan actividades recreativas y consejerías,

en las que las adolescentes pueden encontrar orientación sobre asuntos de familia, violencia contra las mujeres y niñas, trabajos, relaciones personales y salud reproductiva.

Los jóvenes precisan información apropiada, educación y servicios de salud. Promover conocimientos sobre salud sexual y reproductiva, resolución de conflictos y capacidad de negociación puede ayudar a los jóvenes a protegerse del sexo no consensuado, los embarazos involuntarios, las ITS y el HIV-SIDA.

También puede ayudarles a tomar decisiones informadas y responsables sobre sus vidas. Además, la educación debería enfocar los temas de violencia contra las mujeres y niñas, aumentar la conciencia y ayudar a evitar experiencias dañinas como las de Maty. Debería también abordar las necesidades especiales de las chicas casadas, las que están en riesgo de contraer VIH y las chicas y chicos en riesgo de quedar fuera de la escuela. Habría que dar mucha importancia a la educación no formal, de manera que pueda alcanzar a la juventud marginada y vulnerable que no está escolarizada. Los servicios de salud sexual y reproductiva deberían ser acogedores para los jóvenes, respetar la confidencialidad, ofrecer localizaciones y horarios convenientes y mantener aranceles accesibles. Pero la salud sexual y reproductiva es sólo un aspecto del desarrollo de los jóvenes. Las intervenciones deberían estar vinculadas con otros programas, especialmente los que se dedican al empleo y los medios de vida.



Shimu^o

ESCAPAR DEL MATRIMONIO INFANTIL, DESCUBRIR LA LIBERTAD EN LA CIUDAD — DHAKA, BANGLADESH

Shimu no tiene cumpleaños: nunca supo en qué fecha nació. Tampoco sabe qué edad tiene: creo que 22 o 23, dirá —pero después, cuando cuente su historia, resultará que quizá sea mayor.

—¿Y no quieres elegir un día y decidir que ése va a ser tu cumpleaños, y celebrarlo?

—No, para qué. Yo soy pobre. Con lo que cuesta celebrar un cumpleaños, es una suerte no tener.

Shimu sí sabe que nació en un pueblo del distrito de Natore, en el norte de Bangladesh, donde su padre cultivaba medio acre de tierra —que no siempre alcanzaba para darle de comer a la familia. También sabe que su madre se murió cuando ella tenía tres o cuatro años, pero ignora cómo ni por qué: Shimu cree que se envenenó con un pescado que pescó su abuelo, pero no está segura. Y sabe que entonces se fue a vivir con una tía y después con su padre y su nueva esposa, y por fin con una hermana mayor y su marido. Allí, cuando tenía 9 o 10 años, Shimu descubrió, en la casa de un vecino, una extraña caja donde había personas que se movían, hablaban, hacían cosas: estaba impresionada. La primera vez que vio una muerte en una serie de televisión, Shimu lloró: nadie le

había contado que el muerto no había muerto de verdad —y nadie se lo diría hasta mucho después de su boda.

En esos días Shimu empezó a ir a la escuela, pero unos meses después su hermana la sacó: si se pasaba tanto tiempo en clase, le dijo, ¿cómo iba a ayudarla con las tareas domésticas y el cuidado de su hijo?

—¿Y no trataste de seguir yendo a la escuela?

—No, me gustaba no ir. No tenía que estudiar, tenía más tiempo para jugar con mis amigas y con mis muñecas.

Y también para ir a buscar leña, lavar la ropa, barrer la casita, ir al mercado. En el mercado había un vendedor de melaza de caña —*molasses*— que la miraba, le hacía caras; Shimu a veces le contestaba las miradas. Un día él se le acercó y le dijo que quería hablarle; se sentaron por ahí y él le dijo que quería casarse con ella. El muchacho tenía 17 años; Shimu tenía 11 o 12 y no entendió del todo. Matrimonio era, para ella, una palabra que había escuchado aquí y allá, en la televisión, en alguna charla de vecinas, y poco más que eso.

En Bangladesh la edad media de las mujeres en el momento de su casamiento es de 15 años —aunque baja en los sectores rurales más pobres. Pero, en

general, son matrimonios arreglados por los padres. Aquella tarde, Shimu no sabía qué hacer, y le dijo al muchacho que hablara con su hermana y su cuñado.

—Ellos son mis guardianes, ellos son los que van a decidir.

El muchacho los fue a ver con su propuesta: aceptaría casarse con Shimu sin siquiera cobrar la dote, porque le gustaba. En las zonas rurales de Bangladesh, los matrimonios incluyen una dote —en dinero o especies— que el padre de la novia paga al novio: es una “tradición” nueva —no más de medio siglo— que, pese a haber sido declarada ilegal, sigue vigente en tres de cada cuatro casamientos.

Los guardianes de Shimu estuvieron de acuerdo, con una condición: como la niña era tan chica, el novio esperaría dos años antes de llevársela a su casa. El novio aceptó, y la fiesta fue breve: ahora Shimu era formalmente una mujer casada, pero su vida no había cambiado casi nada.

Todo se complicó unos meses más tarde: el marido de Shimu empezó a reclamar alguna dote: sus amigos se estaban casando y todos recibían algo, decía; ¿cómo quedaba su prestigio si a él no le daban nada? Sus reclamos se hicieron más violentos; al cabo de unos días, dijo que ya que no

le daban dote, se llevaría a su mujer —por las buenas o por las malas.

—¿Tú querías ir con él?

—No es si quería o no quería. Yo pensé que él era mi marido, así que mi deber era seguirlo donde él me dijera.

Las mujeres jóvenes con autonomía sobre sus ingresos tienen más libertad para decidir cuándo y con quién se casan, y el momento, el número y el intervalo entre sus hijos

Su marido vivía con su madre, hermanos, cuñadas, sobrinos —y Shimu tuvo que ocuparse de buena parte del trabajo de la casa. Al principio no le importó: estaba acostumbrada. Pero su marido la trataba cada vez peor. Le decía que era tonta, le reprochaba que su familia nunca le diera regalos, le gritaba —y empezó a pegarle. Shimu pensaba que, de algún modo, la culpa era suya:

—Sí, porque nosotros éramos tan pobres que no le habíamos dado nada. Esa era mi culpa.

Unos meses después, Shimu empezó a sentirse rara: algo en su panza se movía. Una vecina le dijo que claro, niña, estás embarazada. A Shimu nunca le habían contado cómo era, y por eso tardó 4 o 5 meses en notarlo. Cuando se lo dijo, su marido no pareció particularmente interesado; Shimu sólo atinó a pensar que ojalá su bebé le saliera bonito. Pero el día del nacimiento, cuando la partera del pueblo dijo que era un varón, todos la felicitaron:

—Yo estaba feliz. Yo quería un hijo, porque era lo que quería mi marido. Tener un hijo da mucho prestigio.

Esos primeros días su familia política la ayudó y la cuidó; pocas semanas después, todo volvió a su curso habitual —y su marido le pegaba cada vez más fuerte. Alguna vez algún vecino se asomaba, atraído por los gritos; el hombre les decía que era su mujer, que podía hacer con ella lo que se le antojara. Como decirle, por ejemplo, que mejor se fuera, así él podía casarse con una mujer que le diera dinero.

Es cierto que a veces se arrepentía y la invitaba al cine del pueblo y Shimu pensaba que quizá pudieran tener una familia después de todo. Pero la ilusión duraba poco: los golpes, el desprecio volvían pronto. En algún momento su suegra dejó de darle de comer, y Shimu tuvo que empezar a trabajar en otras casas del pueblo para pagarse la comida.

Pasaba el tiempo, el sufrimiento. Al cabo de cuatro años, Shimu volvió a quedar embarazada y volvió a tener un varón. Pero ya no le importaba a nadie. Su marido quería deshacerse de ella y la acusó de haberse acostado con su —hijo— hermano. Shimu juró sobre un Corán que no era cierto, pero él le pegó con saña y una caña de bambú; Shimu, herida, fue a refugiarse a casa de su hermana. Su marido fue a buscarla; Shimu volvió, porque sus hijitos la necesitaban.

Una de esas tardes, Shimu volvía de su trabajo y se paró en el camino a descansar. Su marido pasaba, la vió, la acusó de estar esperando a un amante, le pegó en la calle. Shimu había soportado casi todo: la falta de comida, el desprecio, los golpes. Pero no pudo soportar esa deshonra.

—Nunca te importó que yo tuviera que trabajar en casas de otros. Pero me ves ahí parada en la calle y ya me acusas de ser una cualquiera.

Shimu le dijo a su marido que no la buscara nunca más y se fue a refugiar a casa de su padre. A la mañana siguiente fue al registro civil a presentar su demanda de divorcio, pero no se atrevió. Shimu tenía 18 o 19 años, dos hijos y ninguna posibilidad de mantenerlos. Su madrastra le dijo que su única chance era dejarle a los chicos e irse a trabajar a la ciudad.

—Tenía razón. En el pueblo no tenía cómo ganar plata, no hay ningún trabajo, y yo necesitaba ganar plata para ellos.

La única ciudad de la que Shimu sabía era de Dhaka. La había visto por la televisión: era un lugar grande repleto de autos y rickshaws y personas. Dhaka es una ciudad grande, con unos doce millones de habitantes. Cuando llegó a la casa de una tía, la ciudad le pareció todavía más grande, más ruidosa, más ajena: estaba asustada. Pero también le gustó esa sensación de caminar por la calle sin que nadie la mirara, sin que nadie supiera quién era. A los pocos días, Shimu consiguió trabajo en una fábrica de ropa y todo pareció encarrilarse.

La industria del vestido aporta el 70 por ciento de las exportaciones de Bangladesh, y emplea a dos millones de trabajadores: muchos de ellos son migrantes rurales, y cuatro de cada cinco son mujeres. Shimu empezó trabajando como auxiliar

Dhaka, Bangladesh



- El área metropolitana de Dhaka tiene una población de aproximadamente 12 millones.
- Los jóvenes de 15-24 años son el 20 por ciento de la población del país.
- En Bangladesh un 20 por ciento de las adolescentes campesinas de 16-20 años va a la escuela, mientras que en las áreas urbanas lo hace el 40 por ciento.
- Para 2020, Dhaka se proyecta como la cuarta ciudad más poblada del mundo, con 22 millones de habitantes.
- Los transportes principales de los habitantes de la ciudad son el ciclo-rickshaw y el auto-rickshaw. Hay alrededor de 400.000 rickshaws rodando por día –más que en ninguna otra ciudad del mundo.

por un sueldo de 700 taka por mes –que eran, entonces, unos 15 dólares americanos. La fábrica de Shimu es un edificio de siete pisos en el centro de Dhaka: visto desde afuera parece un edificio de departamentos; por dentro, cada piso tiene un gran taller con docenas de empleados, máquinas de coser, mesas de corte –donde se fabrica todo tipo de ropa. Shimu estaba contenta: tenía un trabajo, estaba aprendiendo, sus compañeras la ayudaban. Por primera vez en su vida se había sacado de encima el peso de su esposo, su familia política, el pueblo, sus imposiciones. A los pocos meses de su llegada, Shimu encontró el coraje necesario para volver a su pueblo y pedir el divorcio: ahora, capaz de mantener a sus hijos, ya podía permitírselo.

Al cabo de un año la nombraron operaria: la primera vez que tuvo una máquina de coser para ella sola se sintió, dice, alguien, una persona de verdad.

Una tarde, pasados dos años, su supervisora le dijo que se fuera a su pueblo, que su hijo menor estaba enfermo, y cuando llegó –muchas horas de viaje– le dijeron que ya lo habían enterrado. Shimu lloró y lloró y pensó que si Dios lo había hecho tendría sus razones, y se volvió a su puesto. Ahora, seis años después de su llegada, Shimu sigue siendo operaria y gana 2.100 taka –30 dólares americanos– mensuales por ocho horas diarias de trabajo, seis días por semana. Es sabido que la industria del vestido prospera gracias a esos sueldos: el costo del operario representa el uno por ciento del precio final de una camisa o pantalón *made in Bangladesh*.

–¿Sientes que has cambiado mucho en estos años?

–Sí, mucho. Ya no estoy tan flaca. Me tengo más confianza. Puedo mandar dinero para que mi hijo vaya a

la madrasa –la escuela islámica– y se eduque. Ya tiene 11 años, está muy bien.

–¿Lo mandas a la escuela islámica porque eres religiosa?

–Sí, siempre quise mandarlo a la madrasa. Yo sufrí mucho, pero

Dios escribió ese destino para mí, así que debía merecerlo. Para que haya personas felices, algunos tenemos que ser infelices. Y a mí me tocó no tener nada, ni dinero, ni educación. Pero ahora he mejorado mi destino al ganar dinero y al poder mandar a mi hijo a la madrasa.

Shimu habla despacio, como quien no duda. Vivir en la ciudad le permitió romper las redes tradicionales. Es cierto que a veces se siente sola,

no sabe qué hacer. Pero, en cambio, sabe que no va a tener que hacer lo que le digan sus parientes, sus mayores.

—Yo me siento satisfecha. Mi sueño es que mi hijo se eduque y consiga un buen trabajo.

—¿Y tú qué quieres hacer en el futuro?

—Yo no tengo educación, soy analfabeta. Lo mejor que puedo hacer es trabajar toda mi vida como operaria. Si tuviera una educación podría pensar en otras cosas, pero no tengo. No me preocupa. Sólo querría ganar un poco más.

Shimu prefiere vivir en Dhaka porque “hay más seguridad y puedo ganarme la vida, puedo vivir a mi manera, puedo pensar a mi manera”. En su pueblo nada de eso habría sido posible. Pero cree que cuando sea más vieja va a volver a su pueblo, se va a comprar un lote de tierra, se va a instalar allí. Ya ha podido ahorrar 20.000 taka —casi 300 dólares americanos.

—Pero si la vida en Dhaka es mejor, ¿por qué quieres volver a tu pueblo?

—Porque aquí, si no trabajo, no me va a alcanzar la plata. En el pueblo sí. Y, de todas maneras, cuando sea vieja ya nadie va a poder presionarme para que haga cualquier cosa que no quiera. Entonces sí voy a poder vivir en mi pueblo.

LA CIUDAD POTENCIA A LAS MUJERES JÓVENES

Las niñas y mujeres jóvenes enfrentan muchos desafíos en los entornos rurales, donde tienen menores recursos, posesiones y oportunidades de ingresos que los varones. Algunos de estos factores han impulsado a mujeres jóvenes como Shimu a migrar a zonas urbanas. Encuentran que la vida urbana ofrece mejores oportunidades económicas, les puede ayudar a escapar de las normas de género restrictivas y las prácticas tradicionales, y a aumentar su sentimiento de autonomía y control sobre sus vidas.

Las diferencias entre lo urbano y lo rural empiezan temprano en la vida. Una de las disparidades más visibles aparece en el acceso de las niñas a la educación. En los países en desarrollo, la asistencia a la escuela de las niñas rurales de 10 a 14 años es 18,4 por ciento inferior a la de las niñas urbanas del mismo grupo de edad. Para las chicas de 15 a 19 años, la brecha es de 37,5 por ciento.¹ En el acceso a la educación de los varones también existe disparidad urbano-rural, pero es menos pronunciada. Las mayores desigualdades urbano-rurales en el acceso de las niñas a la escuela se encuentran en el Medio Oriente y en África Occidental y Central, con tasas de asistencia para chicas de 15 a 19 años que son, respectivamente, 54,6 y 46,9 por ciento menores.² En medios rurales, muchas niñas comienzan a trabajar desde muy jóvenes para ayudar al sostén de sus familias y, a menudo, esto provoca la interrupción de su educación.³

El matrimonio infantil está todavía muy extendido en muchas áreas rurales. Como Shimu comprobó, el ma-

rimonio infantil pone en peligro las oportunidades de las niñas. Interrumpe su educación, viola sus derechos humanos y tiene graves consecuencias para su salud –especialmente su salud sexual y reproductiva.

En África sub-Sahariana y en Asia del Sur alrededor de la mitad de las niñas campesinas de 18 años ya están casadas, casi el doble de la tasa de sus contrapartes urbanas.⁴ En algunas regiones y países puede haber mayores disparidades según la edad. Por ejemplo, en la zona rural de la región de Amhara en Etiopía, una encuesta reveló que la mitad de las niñas se casaban antes de cumplir los 15 años, habitualmente con hombres bastante mayores. La amplia mayoría de estas niñas no conocía previamente a sus maridos. Eran iniciadas sexualmente por la fuerza, a menudo antes de su primera menstruación.⁵

Con frecuencia, las niñas huyen a las áreas urbanas para escapar a su destino. Una encuesta paralela en barrios precarios de Addis Abeba encontró que una de cada cuatro adolescentes mujeres migrantes de 10 a 19 años llegó a la ciudad para escapar al matrimonio precoz.⁶ Este estudio encontró además que las niñas tenían otras razones para migrar a la ciudad, que incluyen la búsqueda de educación y trabajo. Con mucha frecuencia, estas niñas terminan atrapadas en las redes de pobreza de los barrios precarios. Aún en condiciones de pobreza, muchas, como Shimu, ganan su propio dinero, lo que les da un grado de autonomía que no hubieran tenido en su aldea.

En Bangladesh, un estudio sobre chicas adolescentes que migraron de áreas rurales a urbanas buscando trabajo ha mostrado que el 31 por ciento estaba casada a la edad de 18 años, comparado con el 78 por ciento de sus pares que se quedaron.⁷ Hay varias razones por

las que las mujeres jóvenes de áreas urbanas se casan más tarde. Las más importantes son la educación y la participación en la fuerza de trabajo, que les proporcionan una mejor posición social. Las mujeres jóvenes con autonomía sobre sus ganancias tienen más libertad para decidir cuándo y con quién se casan, y el momento, número e intervalo de sus partos.

Sin embargo, las niñas y mujeres jóvenes de áreas urbanas todavía enfrentan muchos desafíos debido a su género. En muchas ciudades en desarrollo las mujeres jóvenes tienen más probabilidades de estar desempleadas que los jóvenes varones, lo que evidencia la discriminación de género en el acceso a la educación y las oportunidades de empleo.⁸ Más mujeres jóvenes que varones son forzadas al sector informal y a actividades de supervivencia por falta de educación y capacitación.⁹ Muchas adolescentes llegan a ver sus cuerpos como una de sus escasas posesiones comercializables. Niñas empobrecidas que están solas o a cargo de familias afectadas por el VIH se ven frecuentemente presionadas a intercambiar sexo por regalos, dinero o refugio.

Biruh Tesfa –Futuro Brillante– es un programa para adolescentes pobres urbanas en riesgo de explotación y abuso en Addis Abeba, desarrollado por el Ministerio Etíope de Juventud y Deportes y la Comisión de Juventud y Deportes de Addis Abeba, con asistencia técnica del Consejo de Población y apoyo de DFID, las Naciones Unidas y UNFPA. Implementado en un barrio precario de Addis Abeba, el proyecto se dirige a niñas de 10 a 19 años no escolarizadas, muchas de las cuales son migrantes que viven sin sus padres y otros familiares, que difícilmente sean alcanzadas por otros programas. *Biruh Tesfa* provee a las adolescentes un espacio seguro para construir redes de apoyo con

otras chicas y mujeres, y promueve la alfabetización funcional, conocimientos para la vida, aptitudes para ganarse la vida y educación sobre salud reproductiva.¹⁰ El programa, actualmente con más de 600 participantes, la mitad de las cuales nunca había tenido ninguna escolaridad, ha sido bien recibido por la comunidad.¹¹

La educación es crucial para cambiar las actitudes y las conductas que perpetúan las desigualdades de género. La educación formal e informal, así como el apoyo y la orientación, pueden hacer contribuciones fundamentales para mejorar la salud, el bienestar y las oportunidades económicas de las niñas y mujeres jóvenes. Para las adolescentes, las intervenciones también deberían encarar la salud sexual y reproductiva y usar mecanismos que las equipen para aplicar esos conocimientos a la práctica. Se necesitan acciones entre los padres y las comunidades para elevar la conciencia de las necesidades y derechos de sus hijas, subrayando la importancia de retrasar el matrimonio y de mantener a las niñas en la escuela.



Angelo•

ENCONTRAR EL RITMO. UNA CUESTIÓN DE SUPERVIVENCIA URBANA — RIO DE JANEIRO, BRASIL

Cuando era chico, a Angelo no le gustaba jugar al fútbol. Eso lo hacía un poco distinto de los demás chicos de Vigário Geral, pero no tanto: compartía con ellos la pobreza, las familias rotas, la escuela a saltos, el trabajo temprano, la marginación. Vigário Geral es una de las 500 o 600 favelas de Rio de Janeiro. Las estadísticas varían, pero se calcula que, de los 12 millones de habitantes del área urbana de Rio de Janeiro, por lo menos un cuarto vive en esos barrios precarios: más de 3 millones de personas. Las favelas de Rio tienen diversos grados de desarrollo y consolidación. Vigário Geral ya cumplió más de cuarenta años y tiene casas de material, calles de cemento, agua corriente. A Angelo no le gustaba el fútbol, pero disfrutaba jugar y pelearse en la calle con los otros chicos. Sólo que no tenía mucho tiempo para hacerlo.

Angelo es el mayor de cuatro hermanos; en 1994, cuando tenía ocho años, su padre se fue. La plata que su madre ganaba limpiando casas no le alcanzaba para mantenerlos, y Angelo tuvo que empezar a trabajar.

—Ella no me obligó, no me dijo nada, pero yo veía las necesidades que pasábamos, que a veces no teníamos que comer, y como era el más grande me di cuenta de que tenía que hacer algo.

Angelo averiguó dónde comprar caramelos y chupetines y empezó a venderlos en buses, trenes, semáforos. A veces se preguntaba por qué tenía que hacer eso mientras había tantos otros chicos que no trabajaban para vivir, pero no encontraba respuestas. Y menos entendía que toda esa gente tuviera tanta plata y no hiciera nada para ayudar a los que no tenían.

—Ahora me parece que ellos deben tener miedo de acercarse a nosotros, porque creen que los negros favelados somos todos peligrosos, mala gente.

Algunos días Angelo podía ir a la escuela; otros no. Pero cada día tenía la satisfacción, dirá después, de ver cómo su esfuerzo ayudaba a su madre y sus hermanos a sobrevivir. Aunque, a veces, la tentación se le acercaba demasiado.

En Vigário Geral la tentación está siempre presente: todavía hoy, los narcotraficantes se pasean por la calle mostrando sus ropas caras, sus zapatillas de marca, sus armas largas relucientes, sus chicas lindas, su impunidad. Cuando Angelo era un adolescente, muchos de sus amigos querían ser como ellos: a veces, parecía la única salida: la ciudad no les ofrecía más que rechazo y marginalidad. Pero Angelo también había visto, como todos los chicos de la favela, la cara

dramática de esa vida: las detenciones, los tiroteos, las muertes tan frecuentes. Por eso, cada vez que un “bandido” —un vecino, un amigo— se le acercaba para ofrecerle algo, le decía que no.

—Yo sabía que la violencia parece fácil, al principio parece una broma, una forma de ser más vivo que los otros, pero después hay que pagar. Aunque no te maten, nunca puedes estar tranquilo, tienes que vivir cuidándote, siempre en guardia, siempre con la amenaza ahí.

Pero a veces, en esas tardes de tratar de vender sus caramelos bajo el sol implacable, en esas noches en que había poco que comer, su decisión flaqueaba. Hasta ese día, a sus trece años, en que escuchó, en un local cerca de la favela, la música de los muchachos de AfroReggae.

—AfroReggae nació del caos.

Dijo alguna vez José Júnior, su fundador. En 1993 José Júnior era un DJ de origen humilde que se había hecho conocido en la escena musical de Rio de Janeiro. En esos días, la policía mató a 21 jóvenes en Vigário Geral —y muchos creyeron que era en venganza por el asesinato de cuatro oficiales de policía por los narcotraficantes locales. Cuando se piensa en cultura juvenil urbana se

piensa en música; las ciudades son el espacio donde los jóvenes encontraron sus formas de expresión propias, que muchas veces pasan a través del ritmo. Junior estaba empeñado en usar la música para alejar a los jóvenes del crimen, las drogas y la violencia. Primero creó una revista que trataba sobre reggae, rap, hip-hop y otras cuestiones de la cultura negra; con la gente que se reunió alrededor de ese proyecto, fundaron el primer Núcleo Comunitário de Cultura en Vigário Geral; de allí saldrían, tiempo después, los integrantes de la cara más pública de la ONG: su Banda AfroReggae.

La Banda consigue fondos y visibilidad para el proyecto con canciones y espectáculos que tratan sobre la vida en las favelas, la violencia, el racismo, la brutalidad policial, las alternativas posibles: ya grabó varios discos, ha hecho giras por todo el mundo, ha recibido el apoyo de artistas importantes, como Caetano Veloso y Regina Casé. José Júnior se siente orgulloso:

Mientras, en las comunidades rurales tradicionales, la familia extensa y las costumbres establecidas guiaban la transición a la adultez, en el medio urbano rápidamente cambiante, los jóvenes aprenden mucho de sus pares sobre qué esperar y cómo comportarse, y, cada vez más, de los medios masivos de comunicación

—A través de nuestra música Vigário Geral pasó de las páginas rojas a las de cultura en los periódicos.

Aquella tarde de junio de 1999, Angelo los escuchó, se entusiasmó, quiso ser como ellos: él

también podría hacer con su vida algo que valiera la pena. Cuando volvió a su casa empezó a tamborilear sobre una lata vieja, y descubrió que tenía el ritmo en el cuerpo: “en el corazón”, dirá después. Angelo estaba fascinado: pasaba cada minuto libre pegándole a sus latas. Cuando le pareció que empezaba a sonar bien, invitó a tres o cuatro vecinos a tocar con él. El grupo se iba armando, y un día decidieron que debían buscarse un nombre.

—No estábamos seguros, pensamos en varias opciones de nombre y al final le pusimos Afro Lata. Afro porque nosotros somos afro, de ahí venimos, lo llevamos en la sangre. Y Lata porque seguíamos tocando en latas. O sea: hacíamos lo mismo que AfroReggae pero como no teníamos plata para comprar los instrumentos de verdad, nos las arreglábamos con esas latas viejas.

Angelo y sus amigos habían transformado basura en instrumentos musicales y en arte precario. Pasaron a formar parte de AfroReggae: la ONG ya tiene, además de la banda principal, una docena de grupos jóvenes que hacen música, danza, capoeira, teatro, circo. Angelo y sus compañeros empezaron a tocar en distintos lugares: primero de la ciudad, después del país, e incluso los invitaron a un festival en Holanda. Angelo ya no vendía caramelos en la calle: AfroReggae le había conseguido una beca para que pudiera dedicarse a ensayar, tocar —en Afro Lata y en otra banda joven, Makala— y enseñar percusión.

—Es bueno enseñarles música y danza a los chicos del barrio, porque les damos algo en que interesarse y se

pasan menos tiempo en la calle, se alejan de la tentación de la droga, del crimen, estudian, se preparan. Tendría que verlos: cuando empiezan con nosotros los chicos cambian, se transforman. Y para nosotros es un orgullo pensar que todos esos chicos no van a ser bandidos y van a tener algo en la vida.

AfroReggae ya abrió Núcleos Comunitarios de Cultura en otras cuatro favelas de Rio. En total, llevan adelante sesenta proyectos que alcanzan a 2.000 jóvenes y, entre empleados y becarios, dan trabajo a 175 personas. Pero el núcleo principal del proyecto sigue estando en Vigário Geral, donde están construyendo un edificio de tres pisos y un millón de dólares, el mayor del barrio, con el apoyo de varios sponsors. Quieren inaugurarlo en enero de 2008, cuando estén listas las salas de ensayo, de grabación, de computadores, de encuentro, de administración, el auditorio en la terraza. Por ahora, en el edificio prestado donde todavía funcionan, unos 400 jóvenes participan de sus actividades: en una comunidad de 8000 personas, es una proporción importante. Vitor, el responsable del Núcleo de Vigário Geral sabe que, frente a la magnitud del problema, es muy poco, pero que peor sería no hacer nada.

—Hay quienes dicen que es una gota de agua en el mar, que por cada chico que apartamos del crimen hay diez más que quieren seguir ese camino. A veces parece cierto, pero a nosotros nos importa intentar, sacar aunque sea a ese chico, y hacer visible nuestro problema en muchos lugares donde antes lo ignoraban.

Rio de Janeiro, Brasil



- Con unos 12 millones de habitantes, Río es la segunda ciudad más poblada de Brasil, después de San Pablo.
- El 82 por ciento de la población de Brasil vive en áreas urbanas.
- El 37 por ciento de los residentes urbanos vive en barrios precarios, como las favelas.
- La ciudad es conocida por su carnaval: organizaciones comunitarias como las escuelas de samba se preparan todo el año para participar en los desfiles.
- La zona sur de Río tiene la mayor densidad de población de la ciudad y también la más alta diferenciación sociocultural.

Angelo piensa que es casi una cuestión de supervivencia:

—El mundo es muy injusto, y a nosotros nos quieren dejar en un costado, como si no existiéramos. Solamente se acuerdan de nosotros cuando hay crímenes, violencia. Con lo que hacemos les mostramos a los blancos, a los ricos, que los negros favelados no somos todos marginales, todos delincuentes, que también podemos hacer cosas buenas, crear, llevar la paz adonde vamos. Si la gente se da cuenta de eso, quizás nos empiece a tratar de otra manera.

Por las noches, siempre que puede, Angelo va a la escuela. Está por terminar su educación primaria: AfroReggae insiste mucho en que su gente siga estudiando, formándose.

Angelo gana unos 150 dólares americanos por mes —más algún extra por las actuaciones—, que no siempre le alcanzan para mantener a los suyos.

Angelo es un fenómeno de estabilidad. Varios de sus compañeros de banda ya tienen —a sus 20, 22 años— dos o tres hijos con mujeres diferentes, pero él se puso de novio con una chica hace siete años, se fue a vivir con ella hace tres, tuvieron su primer hijo hace uno.

—Yo soy cuidadoso, uso camisinha, al final cuando tuvimos al chico fue porque quisimos.

—¿Ahora los jóvenes tienen menos hijos que antes?

—No, al revés. Esto está lleno de nenes. Antes las mujeres no empezaban a tener hijos tan chiquitas, pero ahora, con tanto alcohol que corre, las drogas, todo eso...

Angelo tiene las manos callosas de tanto pegarle a los tambores y las latas, y una sonrisa siempre lista. Angelo vivió siempre en Vigário y ama su

comunidad y trabaja por ella, pero igual dice que querría irse, llevarse a su familia. Que no dejaría de trabajar con AfroReggae y con su comunidad, pero que preferiría vivir en otra parte:

—Acá hay mucho peligro, muchos tiroteos, peleas entre bandidos. Así se hace difícil vivir. Yo espero que podamos irnos y tener una vida mejor.

—¿Cómo sería una vida mejor.

—Yo quiero que mi hijo no tenga que salir a trabajar chiquito, que pueda tener las cosas que yo quería y no tuve.

—¿Qué cosas?

—No sé... Un coche. Yo siempre quise tener un coche, y un computador. Pero lo que más sueño es tener a toda

mi familia bien, conmigo, nos imagino en una casa linda, comiendo junto a una piscina. Eso sí que sería una buena vida.

Dice Angelo, y se le iluminan los ojos.

—¿Y crees que con la música lo puedes conseguir?

—Claro, ojalá. Yo estoy trabajando para eso. Pero aunque no lo consiga, igual me siento bien. Cuando estoy ahí arriba tocando me siento tan bien. Siento como un carnaval dentro de mí, un mundo, me acuerdo de toda la gente que quiero, mis amigos, mi familia, vivos, muertos, todos. Cuando estoy ahí arriba pegándole al tambor me siento como un rey.

CULTURA JUVENIL URBANA: FORJAR UNA NUEVA IDENTIDAD

En todos los países en desarrollo, las certidumbres de las tradiciones rurales están dejando su lugar a la vida urbana con sus riesgos y oportunidades, sus libertades individuales, sus demandas sociales y sus marcos de apoyo más complejos. Mientras en las comunidades rurales tradicionales la familia extensa y las costumbres establecidas guiaban la transición a la adultez, en el medio urbano rápidamente cambiante, los jóvenes aprenden qué esperar y cómo comportarse de sus pares y, cada vez más, de los medios masivos de comunicación. Esto ha llevado a la creación de una cultura juvenil de naturaleza urbana, que sirve como punto de referencia para los jóvenes que están desarrollando sus identidades, muchas veces desafiando los roles que les atribuyen en el hogar, la escuela y el trabajo.

Los jóvenes en contextos urbanos desarrollan un sentido de sí y de identidad a partir de sus entornos.¹ Estos entornos ofrecen habitualmente mucha mayor diversidad social, cultural y étnica que los ambientes rurales. La gran proximidad y las frecuentes interacciones de los jóvenes en áreas urbanas facilitan la creación, adaptación y diseminación de una cultura juvenil urbana.² Como queda claro en la historia de Angelo, las interacciones con el entorno urbano pueden tener un impacto intenso en la socialización de los jóvenes, exponiéndolos a una multitud de influencias a medida que se desarrollan, experimentan, cuestionan y asumen roles en sus sociedades.

Las identidades colectivas de la juventud urbana son modeladas por –y expresadas a través de– la música, el baile, la moda, el arte y otras formas culturales. Los géneros musicales como el hip-hop, que se originó en los barrios pobres afro-americanos de Estados Unidos y representa el estilo de vida de la juventud empobrecida, proveyó a los jóvenes una nueva forma de expresión e influye en su vestimenta, su lenguaje y sus miradas sobre la vida.³ Otros aspectos de la cultura juvenil se reflejan en ciertas conductas de riesgo especialmente prevalentes entre los jóvenes varones urbanos, que incluyen el consumo de alcohol y drogas y la implicación en la violencia.

La globalización ha posibilitado que la cultura juvenil se convierta en un fenómeno mundial. Los jóvenes están creciendo en un mundo en el que los bienes, el capital, la tecnología, la información, las ideas y la gente se mueven velozmente a través de las fronteras. Con la rápida expansión de los restaurantes de comida rápida, los homogéneos centros de compras y los jóvenes que se visten igual y escuchan la misma música, los centros urbanos de todo el mundo se parecen entre sí. Los medios de masas son especialmente influyentes en impartir conocimiento a los jóvenes y socializarlos en torno a aspiraciones, valores y actitudes particulares, a menudo en contradicción con las tradiciones de su cultura.⁵ Mirar televisión, escuchar radio o navegar en Internet son importantes, no sólo por los efectos que tienen sobre las actitudes y conductas de una persona joven, sino también porque significan inclusión y acceso al conocimiento en un mundo crecientemente interconectado.⁶

El acceso a los medios y las tecnologías de información y comunicación (TICs) varían significativamente por

regiones geográficas, clase social y lugar de residencia. Los jóvenes que viven en las ciudades tienen más probabilidades de tener acceso a televisión, radio y periódicos que los que viven en zonas rurales. De 2000 a 2003, más de la mitad de los 269 millones de nuevos usuarios de Internet tenían entre 15 y 24 años⁷ y la mayor parte vivía en áreas urbanas. El uso de nuevas tecnologías es, con frecuencia, una experiencia comunal, pues muchos jóvenes no tienen computadoras en sus casas y acceden a Internet en la escuela o en cibercafés. Aunque el uso de Internet y de teléfonos celulares es más alto en zonas urbanas, muchos jóvenes urbanos no tienen acceso a estas nuevas TICs. La educación y el status socioeconómico son factores clave que afectan el acceso. En Indonesia, por ejemplo, sólo 16 por ciento de la juventud urbana ha usado Internet y solo 27 por ciento usa teléfonos celulares para enviar mensajes (SMS), mientras que 59 por ciento de los estudiantes universitarios ha usado Internet, y 95 por ciento usa SMS.⁸ Además, en algunos países, el acceso a Internet de las mujeres jóvenes es mucho más limitado que el de los varones.⁹

Se apunta a la juventud urbana como a una nueva generación de consumidores que pueden ser fuertemente influidos por los íconos culturales populares y los mensajes de los medios. Pero los mensajes mediáticos no son transmitidos y recibidos en el vacío: los jóvenes tienen recursos que les permiten interpretarlos y reformularlos sin abandonar completamente sus identidades.¹⁰ Las semejanzas superficiales en la cultura juvenil pueden oscurecer las enormes diferencias en las estructuras familiares, expectativas de conducta y pautas de sexualidad, matrimonio y reproducción.¹¹ El impacto de la mayor exposición a los medios depende ampliamente de

la cultura local y su repuesta a las importaciones. En muchos lugares del mundo, el resurgimiento de movimientos religiosos ha actuado como una influencia que contrapesa las actitudes más permisivas que a veces proponen los medios.¹²

Un proyecto que positivamente incorpora la cultura juvenil es Dance4Life (Danza para la Vida). Esta colaboración internacional usa la danza como manera de aumentar la conciencia y comprometer activamente a la juventud en la lucha contra el VIH/SIDA. El proyecto, que todavía está en expansión, funciona actualmente en escuelas secundarias de diez países. Utiliza el enfoque de la educación para la vida y consiste en numerosas actividades a lo largo del año escolar, culminando con el evento mundial Dance4Life el sábado anterior al Día Mundial del SIDA. En 2006, cerca de 100.000 jóvenes en diez países tomaron parte en el proyecto. El evento Dance4Life involucró a artistas locales y bandas y conectó por satélite a la juventud de los países participantes. El proyecto busca tener por lo menos un millón de jóvenes bailando en todo el mundo para el Día Mundial del SIDA de 2014, haciendo una poderosa afirmación de esperanza. Dance4Life incluye todos los aspectos de la cultura juvenil: sus íconos, sus medios de comunicación y su música y bailes favoritos.¹³

La comprensión cultural de los jóvenes, sus necesidades y valores tiene un impacto importante en el capital social de los vecindarios y comunidades urbanos. Los espacios públicos específicamente juveniles deberían alentar la integración social con otros sectores de la comunidad y promover el reconocimiento y validación de la cultura juvenil.¹⁴ También se debería dar prioridad a la disminución de

la brecha digital y proveer a la juventud más acceso a los medios y TICs. Además, deberían promocionarse las actividades deportivas, la instrucción para la música y el arte y las actividades recreativas, para contribuir a que la juventud desarrolle una imagen de sí positiva y aptitudes sociales esenciales. Cuando los jóvenes marginales como Angelo son capaces de desarrollar una esfera pública propia, mejoran su sentimiento de sí, aumentan su competencia personal y consiguen una red de pares, todo lo cual puede servir como fuentes de capital social para una transición segura y exitosa hacia la adultez.

Proteger a los jóvenes que viven en la pobreza urbana ahora y en el futuro

Las siete historias de este informe desafían a quienes se interesan en los jóvenes y en el futuro de nuestras ciudades. Ambos están estrechamente ligados, especialmente en los países en desarrollo, en los que la mitad de la población urbana puede ser menor de 25 años. Planificadores urbanos, líderes políticos, empleadores y grupos de la sociedad civil comparten el interés por apoyar la riqueza de recursos y la creatividad de los jóvenes, y por crear un paisaje urbano libre de pobreza y violencia.

Los testimonios en primera persona de Maty, Freddy, Reham, Angelo, Bing, Geeta y Shimu reflejan fragmentos de las ásperas vidas urbanas de millones de jóvenes de hoy y de millones más en el futuro. Dos elementos atraviesan las siete historias: un trasfondo de pobreza, dureza y violencia y la esperanza de un futuro mejor, conseguido por sus propios esfuerzos.

El tema de la violencia, común a todas las historias excepto la de Bing, no es casual. En cualquier ciudad, en cualquier parte del mundo, es difícil encontrar jóvenes viviendo

en la pobreza que no hayan sido afectados por el abuso sexual, la violencia de género, el impacto violento de la actividad criminal, o actos aislados de violencia.

El esperado crecimiento rápido de las áreas urbanas en las próximas décadas transformará, para bien o para mal, los espacios urbanos. Los hijos de Maty, Freddy, Reham, Angelo, Bing, Geeta y Shimu merecen un comienzo mejor que el de sus padres. Tienen derecho a vivienda digna y comida suficiente, a educación, a la atención de su salud, a una vida libre de abuso y violencia. Este futuro es posible si las ciudades se preparan AHORA para absorber y sostener el crecimiento poblacional proyectado. Tienen que concentrar la atención en ayudar a los pobres a terminar con su pobreza, y sobre todo, invertir en los jóvenes, que son la clave para romper el ciclo que transmite la pobreza de generación en generación. Los decisores políticos en todos los niveles y todos los interesados, incluidos los propios jóvenes, deben tomar conciencia de la transformación urbana y prepararse para ella. Las ciudades deberían:

- Asegurar que los jóvenes tengan acceso a **educación de calidad** en los barrios donde viven, que los preparen para las cambiantes necesidades del mercado de trabajo; que las escuelas estén libres de violencia, negligencia y abuso sexual, que las niñas y los niños sean tratados igual y que aprendan en la escuela sobre resolución de conflictos, aptitudes para la negociación, pensamiento crítico y salud sexual y reproductiva, incluyendo como prevenir el VIH-SIDA.
- **Capacitar a los jóvenes** –en colaboración con los empleadores– para desarrollar habilidades demandadas por el mercado laboral, apoyar los esfuerzos de la Red de Empleo de Jóvenes (<http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/yen/>) y replicar este modelo como forma de vincular a los jóvenes con oportunidades genuinas de empleo.
- **Proteger la salud de los jóvenes.** Proveerles fácil acceso a servicios de salud

amigables y económicamente accesibles. Éstos deben incluir servicios de salud sexual y reproductiva, para que puedan protegerse de embarazos no deseados y de infecciones de transmisión sexual, incluido el VIH-SIDA

- Asegurar el **acceso a agua potable y segura, sanidad y vivienda adecuada**, necesarias para una transición saludable a la adultez; y garantizar la permanencia y los derechos de propiedad.
- Apoyar a los jóvenes para que participen en los **proyectos de autoayuda para construir viviendas adecuadas** para sí mismos y sus familias.
- **Crear espacios seguros**, en particular para las niñas adolescentes en sus comunidades, para que puedan recorrer su propio camino de vida sin miedo a la violencia o el abuso sexual; comprometer a los jóvenes en la vigilancia del delito y los esfuerzos de prevención; y asegurar que los destacamentos policiales ofrezcan

protección efectiva en los barrios pobres y no sólo en las comunidades más acomodadas.

- **Implicar a los jóvenes en el planeamiento urbano**, incluyendo la toma de decisiones, el monitoreo y la evaluación de los programas de la ciudad diseñados para ellos; comprometerlos en una ciudadanía activa, apoyando el desarrollo de una autoimagen positiva y el sentimiento de pertenencia social, permitiéndoles hacer contribuciones efectivas al bienestar de sus comunidades.
- **Reforzar la gobernanza urbana**, con apoyo de los gobiernos regional y nacional, para posibilitar estas medidas y otras similares.
- **Movilizar apoyo** de la comunidad internacional.

La acción según estas líneas será un nuevo rumbo respecto de las políticas anteriores. Más que reaccionar a los problemas urbanos según van surgiendo, el objetivo sería anticipar

el crecimiento urbano y sus impactos. Las medidas propuestas, al mismo tiempo que apoyan la creatividad de los jóvenes, atacan en su raíz las causas de la pobreza. Aseguran que los jóvenes estén preparados para entrar en el mercado laboral, se mantengan sanos y pospongan el matrimonio y la crianza de los hijos. En conjunto, representan una estrategia para que los individuos realicen su potencial humano y las ciudades realicen su función como motores del desarrollo nacional.

Notes

INTRODUCCIÓN

- 1 División de Población de Naciones Unidas, World urbanization prospects: the 2003 revision. New York: United Nations, 2003.
- 2 El estudio 'Slums of Urban Bangladesh, Mapping and Census 2005,' fue conducido conjuntamente por Centre of Urban Studies (CUS), National Institute of Population Research and Training (NIPORT) and the Measure Evaluation of Carolina Population Centre of the University of North Carolina
- 3 Hakkert, Ralph, 2007. Three Notes on Central issues in Poverty and Urbanization in Cities, Poverty and Environment: Attacking the Future Now, en prensa
- 4 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 78
- 5 David Satterthwaite, The Scale of Urban Change.
- 6 Population Council. Promoting healthy, safe and productive transitions to adulthood. "Reaching vulnerable youth in Ethiopia" by Erulkar, A. and T. Mekbib. Brief no. 6 May 2005

BING

- 1 Organización Internacional del Trabajo, 2006. Global Employment Trends for Youth, Ginebra, Octubre 2006. www.ilo.org/trends

- 2 Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas, 2005. World Youth Report 2005: Young people today, and in 2015.
- 3 UN-Habitat. The State of the World's Cities 2006-2007: Facts on Youth (http://www.unhabitat.org/downloads/docs/3974_95355)
- 4 Ibid.
- 5 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C.
- 6 Lloyd. 2005.
- 7 ONU, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2005
- 8 OIT. Youth: Pathways to decent work. Report VI: Promoting youth employment - Tackling the challenge Conferencia internacional del Trabajo, 93a sesión, 2005, Sexto tema de la agenda. OIT, Ginebra, International Labour Conference, 93rd Session, 2005, Sixth item on the agenda. ILO, Geneva, 2005. pp 13-14
- 9 UN-Habitat. The State of the World's Cities 2006-2007: Facts on Youth (http://www.unhabitat.org/downloads/docs/3974_95355)
- 10 ONU, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2005
- 11 Youth Employment Network, <http://www.ilo.org/public/english/employment/strat/yen/challenge/index.htm> consultada en Enero 26, 2007

- 12 ONU, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2005

GEETA

- 1 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C.
- 2 Banco Mundial, 2006. Informe sobre el Desarrollo Mundial 2007: el desarrollo y la próxima generación. Washington, D.C. p. 161
- 3 Lloyd. 2005.
- 4 Banco Mundial. 2006. p. 162
- 5 Banco Mundial. 2006.
- 6 Environment and Urbanization brief "Deep democracy; transforming opportunities for the urban poor." *Environment and Urbanization*. Vol 13 No 2, Octubre 2001
- 7 Ibid.
- 8 Banco Mundial. 2006. p. 163
- 9 Agarwal, 1994 en Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries, Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 365.
- 10 Cabannes, Y. 2006. Children and Young People Build Participatory Democracy in Latin American Cities. *Environment and Urbanization* 18(2): 195-218.

CRECER EN LAS CIUDADES

- 11 Ibid.
- 12 Banco Mundial. 2006. p.173.

REHAM

- 1 Informe del Secretario General, 2006. Adelanto de la mujer: adelanto de la mujer. Estudio a fondo sobre todas las formas de violencia contra la mujer. 61ª sesión de la Asamblea General, 6 de julio de 2006.
- 2 Moser, C. et al. 2003 "Violence, fear and insecurity and the urban poor in Latin America", Paper for the World Bank Latin American and Caribbean Region Study of Urban Poverty.
- 3 UN-HABITAT at <http://www.unhabitat.org/categories.asp?catid=375> consultado en febrero 27, 2007
- 4 Moore, A. et al. 2005. "Coercive First Sex among Adolescents in Sub-Saharan África: Prevalence and Context." Paper presentado en iUSSP XXV Conference on Population, 18-23 July 2005, Tours, France.
- 5 Lloyd, Chyntia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C.
- 6 Jejeebhoy S, Bott S. 2003. Non-consensual Sexual Experiences of Young People: A Review of the Evidence from Developing Countries. New Delhi, India: Population Council.
- 7 Organización Mundial de la Salud. MS. 2005. Multi-country Study on Women's Health and Domestic Violence against Women initial results on prevalence, health outcomes and women's responses. Por García-Moreno, C. et al. 2005 p.44
- 8 Dunne M. et al. 2006. Gender Violence in Schools in the Developing World. Gender and Education 18(1): 75-98.
- 9 Ibid.
- 10 Erulkar, AS. 2004 in The Lancet, Sexual and Reproductive Health. "Sexual and reproductive health: a matter of life and death", por Glasier, A. et al. October 2006. p 11-21
- 11 Global Coalition on Women and AIDS. Violence Against Women and HIV/AIDS: Critical intersections. information Bulletin Series, No. 1.
- 12 The Population Council. 2004. Sexual Coercion: Young Men's Experiences as Victims and Perpetrators. New York. The Population Council.35
- 13 Kishor, S. and K. Johnson, 2004, Profiling Domestic Violence: A Multicountry Study, Calverton, MD: ORC Macro, Measure DHS+:66
- 14 Barker, G. and M. Nascimento. 2002. Case Study Guy to Guy, Rio de Janeiro: instituto Promundo
- 15 At <http://www.mavaindia.org/> Consultado el 4 de marzo de 2007
- 16 At <http://www.cwgl.rutgers.edu/16days/about.html>. Consultado en marzo 4, 2007
- 17 economico/newsid_4708000/4708008.stm, último acceso Junio 2, 2006.
- 18 UN-HABITAT at <http://www.unhabitat.org/categories.asp?catid=375> consultado en febrero 27, 2007
- 19 ONU Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2005. World Youth Report 2005: Young people today, and in 2015. p. 139
- 20 Ibid.
- 21 UN-HABITAT. Overview of Urban Crime Trends. <http://ww2.unhabitat.org/Istanbul+5/56.pdf> consultado en febrero 23, 2007
- 22 Winton, A. 2004. Young People's Views On How to Tackle Gang Violence en "Post Conflict" Guatemala. *Environment and Urbanization* 16(2): 83-99.
- 23 UN-HABITAT en <http://www.unhabitat.org/categories.asp?catid=375> consultado en febrero 27, 2007
- 24 Winton. A. 2004. Urban Violence: a guide to the literature. *Environment and Urbanization* 16(2): 165-184.
- 25 Ibid.
- 26 Cardia, N. 2000. Urban Violence in Sao Paulo. USAID Project on Urbanization, Population Environment and Security.
- 27 Ibid.
- 28 Lloyd, Chyntia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. 391

FREDDY

- 1 BBC News. "El Salvador y el costo de la violencia" Web site: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/business/barometro_

- 13 Franz Vanderschueren, The Prevention of Urban Crime. Paper presentado en Africities 2000 Summit, Windhoek, Mayo 2000
- 14 Ibid.
- 15 Ibid.
- 16 Ibid.
- 17 UN-HABITAT at <http://www.unhabitat.org/categories.asp?catid=375>. Consultado en febrero 12, 2007.
- 18 Ibid.

MATY

- 1 <http://www.unfpa.org/profile/compare.cfm>
- 2 Ali et al., 2003; Gueye et al, 2001; Gupta, 2000; Kuate-Defo, 1998 en Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 212
- 3 DHS data
- 4 Ibid.
- 5 UNFPA: Estado de la población mundial 2004. El Consenso de Cairo diez años después. Salud Reproductiva y acciones mundiales para terminar con la pobreza. Naciones Unidas 2004.
- 6 ONU. Proyecto del Milenio, 2005. De las Promesas a

la Acción: Recomendaciones con respecto a la Igualdad entre los Géneros y el Empoderamiento de las Mujeres. Grupo de Trabajo sobre Educación e Igualdad entre los Géneros. Naciones Unidas, 2005.

- 7 Banco Mundial, 2004. "Round il Country Reports on Health, Nutrition, and Population Conditions Among the Poor and the Better-Off in 56 Countries." Washington, D.C.
- 8 Naciones Unidas, 2001. Nosotros, los niños: examen de final de decenio de los resultados de la Cumbre Mundial en favor de la Infancia (A/S-27/3). Informe del Secretario General. Nueva York: Naciones Unidas.
- 9 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 518
- 10 DHS data
- 11 Calvès, 2002 en Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 216
- 12 Ibid.
- 13 Mahy, M. and N. Gupta. 2002. Trends and Differentials in Adolescent Reproductive Behavior in Sub-Saharan África. DHS Analytical Studies No. 3 ORC Macro. Calverton, Maryland USA.

- 14 Encuesta VIH-SIDA, Base de indicadores en http://www.measuredhs.com/hivdata/data/table_builder.cfm?survey_type_id=&survey_pop_based=&userid=44038&usertabid=49344 Consultado el 4 de marzo 2007

- 15 Ibid.
- 16 ONUSIDA/OMS Actualización de la epidemia de SIDA: Diciembre 2006 en: http://www.unaids.org/en/HIV_data/epi2006/default.asp Consultado el 5 de marzo 2007.

SHIMU

- 1 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 78.
- 2 Ibid.
- 3 Satterthwaite, D. et. al. 1996. The Environment for Children: Understanding and acting on the environmental hazards that threaten children and their parents. London: Earthscan Publications.
- 4 Lloyd. 2005. p. 434.
- 5 Ethiopia Ministry of Youth and Sports, Population Council & UNFPA, Programme Brief Berhane Hewan (light for eve); a programme to support married and unmarried adolescent girls in rural Amhara Region,

CRECER EN LAS CIUDADES

Ethiopia at http://www.popcouncil.org/pdfs/Ethiopia_BerhaneHewanBrief2006.pdf

- 6 Ibid.
- 7 Lloyd. 2005. p. 437-8
- 8 UNFPA. 2002. Reproductive Health and Employment: implications for Young People.
- 9 Ibid.
- 10 Population Council. 2006. Biruh Tesfa: A program for poor, urban girls at risk of exploitation and abuse in Addis Ababa, Ethiopia. Program Brief.
- 11 Ibid.

ANGELO

- 1 Parenti, M. 1999. Reflections on the Politics of Culture. *Monthly Review* 50(9).
- 2 Malone. K. 2002. Street Life: youth, culture and competing uses of public space. *Environment and Urbanization* 14(2): 157 – 168.
- 3 White, S. and W. Lester. 2001. Cultural Relevance: Hip Hop Music as a Bridge in the Digital Divide. *Proceedings of the 34th Hawaii international Conference on System Sciences*.
- 4 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries National Research Council and institute of Medicine of the National Academies - The National Academies Press, Washington, D.C. p. 168-171.
- 5 Lloyd. 2005. p. 49

- 6 Ibid.
- 7 Banco Mundial, 2006. Informe sobre el Desarrollo Mundial 2007: el desarrollo y la próxima generación. Washington, D.C. p. 201-202
- 8 Ibid.
- 9 Ibid.
- 10 ONU Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 2005. World Youth Report 2005: Young people today, and in 2015. p. 86
- 11 Lloyd. 2005p. 49-50
- 12 Banco Mundial. 2006. p. 33
- 13 Ibid.
- 14 Malone. 2002.



Créditos de las Fotografías
Martin Caparros © UNFPA

Diseño, diagramación y producción
Phoenix Design Aid A/S
Impreso en papel reciclado

El UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas, es una agencia de cooperación internacional para el desarrollo que promueve el derecho de cada mujer, hombre y niño, a disfrutar de una vida sana, con igualdad de oportunidades para todos. El UNFPA apoya a los países en la utilización de datos sociodemográficos para la formulación de políticas y programas de reducción de la pobreza y para asegurar que todo embarazo sea deseado, todos los partos sean seguros, todos los jóvenes estén libres de VIH/SIDA y todas las niñas y mujeres sean tratadas con dignidad y respeto.

UNFPA - porque cada persona es importante.



Fondo de Población de Naciones Unidas
220 East 42nd Street
New York, NY 10017
Estados Unidos de América
www.unfpa.org

ISBN 978-0-89714-843-6
E/31,000/2007 sales no. E.07.III.H.2

